

UN CLIENTE PARA EL CRIMEN

Rocco Sarto



PUNTA ROJO

**BRUGUE
RA**

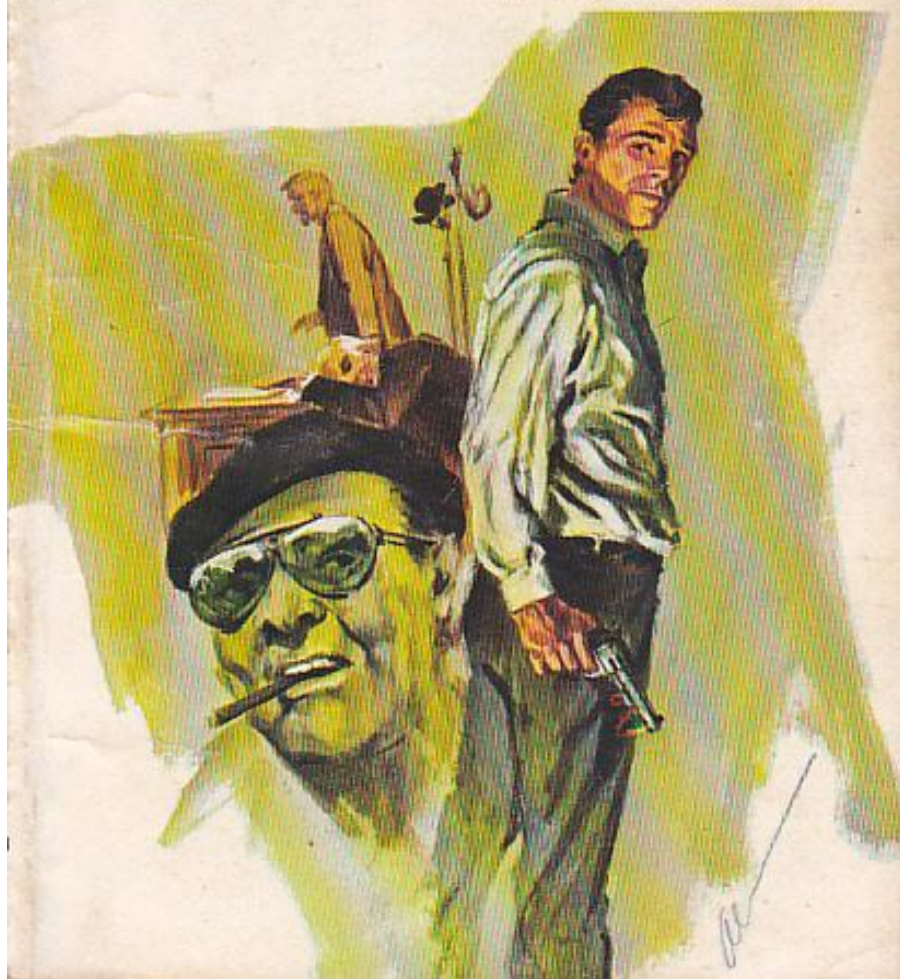
BOLSILIBROS

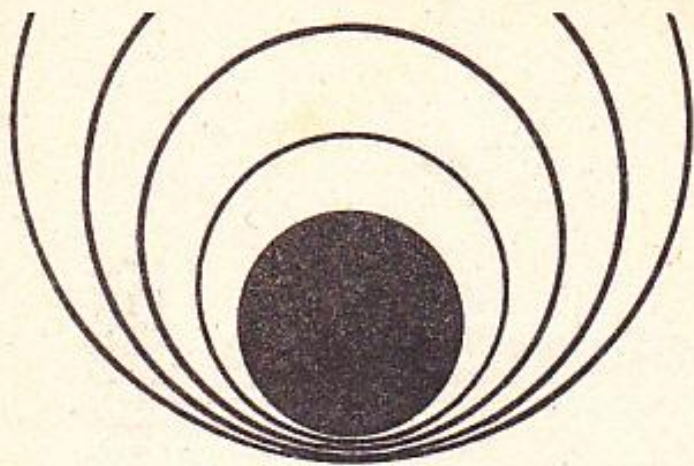


POLICIAZO

UN CLIENTE PARA EL CRIMEN

Rocco Sarto





PUNTO ROJO





ROCCO SARTO

UN CLIENTE PARA EL CRIMEN

Colección PUNTO ROJO n.º 1.104 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMA OBRA DEL MISMO AUTOR PUBLICADA POR ESTA
EDITORIAL

En Colección KANSAS

1.302 — Joe Laredo.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 13.828-1983

Impreso en Esparta Printed in Spain

1.a edición: junio, 1983

2.a edición en América: diciembre, 1983

© Rocco Sarto - 1983

texto

© Almazán - 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.
A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (Esparta)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del
Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

Abrí los ojos con resignación. Tenía la pelambre del pecho brillante de sudor, la boca pastosa y la espalda caliente como un horno. Me senté en la cama y miré hacia la ventana cubierta por una cortina verde. El orificio del viejo disparo permitía que un rayo de sol amarillo como la bilis se colara diagonalmente hasta el suelo de madera y diseñara allí una ampolla de luz.

—Maldito verano...

Nueva York es una ciudad que me gusta y cuando digo que me gusta no pienso en el verano. Los meses de calor convierten la ciudad en una cazuela que aumenta el mal humor, los índices de criminalidad, la lascivia de hombres y mujeres y las cuentas de electricidad. En mi opinión, el verano sólo sirve para estar tumbado en una playa de las islas Vírgenes con una copa de zumo de naranja y ginebra en la mano y la mirada perdida en la rompiente. El resto es pura mediocridad.

Me levanté arrastrando la sábana húmeda pegada a la espalda y me encaminé a la ducha. El agua salía caliente de la ronroneante cañería, pero cinco minutos más tarde ya había alcanzado una temperatura aceptable y dejé que mi cuerpo reviviera, hasta que comprendí que no podía pasarme todo el mes de agosto dentro del cuarto de baño.

La sola idea de vestirme me parecía una empresa torturante, pero lo hice. Medias finas, mocasines, un traje liviano y una camisa de mangas cortas. Comprobé que tenía veinte dólares, seis cigarrillos y un día vacío, de modo que salí a la calle con una cierta displicencia.

En la esquina compré el periódico y eché un vistazo a las páginas de espectáculos, eso siempre me ha servido para levantar el ánimo. Un par de revistas musicales nuevas en Broadway y entre las figuras que componían el elenco reconocí a un par de viejos amigos.

Mientras entraba en la cafetería y disfrutaba de los dos nuevos aparatos de aire acondicionado que custodiaban la puerta, me dije que tal vez iría a verlos para hablar de los viejos tiempos. Y eso sí que nunca me ha servido para levantar el ánimo.

—¿Café, Frank? —me preguntó la rolliza matrona que custodiaba la barra como una foca de ojos escrutadores.

—Sí, Emma.

—¿Has pasado buena noche, hijito?

—Me he derretido un poco, pero sobreviviré cariño, no te inquietes por mí.

—Estupendo, conserva el tipo y tal vez consigas una mujer que te planche las camisas.

—Ya tuve una mujer que planchaba mis camisas.

—¿Y qué sucedió con ella? —dijo Emma empujando hacia mí una taza blanca, pesada y vaporosa.

—Me abandonó una noche en Niágara Falls, tenía sus propias ideas.

—Una buena pieza, ¿eh?

—Tú lo has dicho, Emma.

Bebí el café, dejé un dólar junto al anillo de matrimonio de la mujerfoca y le guiñé un ojo antes de salir.

Encendí un cigarrillo y aspiré el humo y la polución con idéntica avidez. Las aceras comenzaban a llenarse de gentes atrapadas por el vértigo del horario y por turistas de ojos asombrados, sonrisas recién inauguradas y atavíos chillones.

El edificio donde está mi oficina es bastante moderno e impersonal. El vestíbulo es un despliegue de acrílico, luces blanquísimas y revestimientos pálidos adornados con figuras de un arte pop capaz de desbordar las retinas de los ingenuos.

—¿Todo en orden, Sam? —pregunté al portero, mientras barajaba la correspondencia como un tahúr profesional.

—Sí, señor Miller, como siempre —replicó el viejo controlando los deslices de su vieja dentadura postiza.

Eludí los ascensores y subí hasta el primer piso por las escaleras.

Mi oficina es un cuarto pequeño, soleado y lleno de plantas que le subalquilo a un amigo. Es la única habitación que tiene una puerta independiente y por ello accedió a cedérmelo. Mi amigo tiene otras tres dependencias donde supuestamente funciona una agencia de artistas, pero jamás viene nadie por allí, ni siquiera él mismo.

Sobre la puerta de mi despacho leí la pretensiosa placa que había

atornillado diez años atrás, cuando abandoné una mediocre carrera de actor para dedicarme al periodismo *free-lance* y luego, tan sólo un mes más tarde, a la investigación privada: *Frank Miller - Detective Privado*

El contestador automático respondió a mi entusiasmo con un zumbido desagradable.

Estaba a punto de desconectarlo cuando brotó la voz de Buddy: «Hola, viejo tramposo, tienes un trabajito o, al menos, eso espero. La dama vendrá hoy y ya le hablé de ti. No me lo agradezcas, pillo, sólo págame lo que me debes. Abur.»

Bebí un vaso de agua del grifo y me senté detrás del escritorio. No podía quejarme del despacho. En realidad ya estaba amueblado cuando lo cogí y conservé la decoración tipo agencia de artistas que mi amigo había dispuesto: paneles con fotogramas de películas viejas y nuevas, una fotografía tamaño natural de Marilyn Monroe que me obligaba a llorar su muerte día tras día, una librería repleta de volúmenes de cine que yo había ido recopilando a lo largo de mi humilde actividad teatral y algunas reproducciones de Toulouse-Lautrec que me hacían envidiar su vida y su época.

La mujer de la limpieza, que venía dos veces a la semana, decidió que yo debía tener algunas plantas, de modo que comenzó a convertir mi honorable despacho en un fecundo jardín botánico. Cuando comprendí que sería inútil hacerla desistir de su iniciativa comencé a disfrutar de todas y cada una de las plantas.

Fumé mi segundo cigarrillo del día y repasé viejos números de *Variety* procurando sentir algo de nostalgia por lo que pude haber sido y no fui. Recordé inmediatamente las palabras sentenciosas de un gran productor que resultaron ser una especie de epitafio para mis ambiciones:

—Muchacho —había dicho—, eres demasiado alto, demasiado musculoso y demasiado testarudo para ser un buen actor. No digo que lo hagas del todo mal, pero tú y yo sabemos que no es suficiente.

Un verdadero amigo.

Aplasté la colilla y decidí que ya era hora de tomar un cocktail en el bar de Buddy y

conocer a la dama en cuestión. Tenía un par de miles en el banco, pero debía pensar en el retiro y necesitaba un trabajo. Hacía dos

meses que no me encargaban nada, ni siquiera un trabajito sórdido y deleznable, y a los cuarenta años esos vacíos profesionales comenzaban a preocuparme.

Cerré la puerta del jardín botánico y bajé las escaleras. Sam continuaba barajando la correspondencia como si no se decidiera por hacer juego.

—Estás haciendo trampas, Sam —le dije al pasar.

Me miró como si ratificara su opinión de que yo no estaba del todo en mis cabales, pero no respondió.

El bar de Buddy se llamaba el «32». Según él, lo había bautizado así porque consideraba que había sido su mejor edad. Nunca supe por qué.

El «32» ocupaba un salón en la planta baja de un viejo edificio restaurado donde habitaban todos los bohemios del Village que alguna vez habían sido importantes y que ahora luchaban por no convertirse en hippies. Es difícil conocer perfectamente la distribución del bar, porque Buddy ha aprovechado cada rincón para hacer de él un reservado. Sin embargo, la zona de la barra era semejante a la de cualesquiera de los miles de bares que pululan por Manhattan.

Eran las doce y el sol nos birlaba hasta la sombra.

Buddy estaba detrás de la barra conversando con un hombre corpulento que sudaba a mares y parecía muy divertido. En cuanto me vio abandonó a su contertulio y se acercó a mí.

—¿Sabes a qué se dedica el gordo? —preguntó señalando disimuladamente hacia atrás.

—Claro que sí, es ginecólogo —dije sin mayor interés.

Me miró con admiración y supe que mi absurda respuesta había dado en el clavo.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Soy detective, ¿recuerdas?

Su rostro afilado, cetrino e inteligente sonrió ampliamente. Cuando tragó, su manzana de Adán me dio la impresión de que iba a partirle el cuello.

—¿Quién es la dama? —pregunté.

—Está detrás de la columna, en el reservado —me dijo, inclinándose hacia mí.

—¿La conoces?

—No, jamás la había visto.

—¿Preguntó por mí?

—Sí, deseaba saber si tú continuabas acercándote a mi ilustre loca!.

—Ya.

—Escucha, Frank, es una mujer hermosa pero parece muy dura y estoy seguro de que sabe perfectamente lo que quiere.

—¿Y qué quiere, Buddy?

—Sea lo que sea, amigo, tú lo averiguarás —replicó con su voz agradable y malintencionada.

—Tráeme un *bourbon*, ¿quieres?

—Será un placer, chico.

El reservado era una mesa pequeña oculta por una de las columnas que soportaban el edificio a la que Buddy había agregado una especie de biombo retráctil. Su idea de la

intimidación no parecía muy convincente.

Me acerqué a la mesa y la miré. Vestía de un modo elegante y natural, con una falda que sólo vi en parte y una blusa haciendo juego de mangas abultadas y sujetas a las muñecas. Llevaba una boina echada sobre un ojo y el cabello recogido. No pude ver su rostro hasta que me presenté.

—Hola, soy Frank Miller.

Levantó la mirada y entonces supe lo que había querido decir Buddy cuando me la describió. Era realmente hermosa y debía tener unos treinta y cinco años todo lo más.

Ojos grandes, vigilantes y bellos de color gris, nariz afilada, recta y agradable. Labios gruesos en una boca amplia que en aquel momento

conservaba una expresión severa. Los pómulos, altos y rotundos, estaban ligeramente maquillados.

—Siéntese, señor Miller —invitó con un ademán.

—Gracias.

Vi el nacimiento de los senos en la apertura del escote y su cuello largo y delicado.

Siempre me han gustado las mujeres de cuellos delicados.

Buddy dejó mi *bourbon* sobre la mesa y permaneció allí, junto al biombo, sin moverse.

—¿Quiere beber otra copa? —pregunté a la mujer.

—No, gracias.

Buddy dio media vuelta y desapareció.

—¿Sigue siendo el mismo tipo honesto del caso Vallance? —preguntó directamente, mirándome a los ojos.

No soy un sujeto muy orgulloso, pero confieso que no me causa ninguna gracia que descubran rápidamente mis defectos. El caso Vallance había tenido mucha repercusión cuatro años atrás, cuando me vi envuelto en una aventura poco edificante con una familia adinerada y conocida, un abogado corrupto y un inspector de policía con ambiciones políticas. Salí bien parado de esa red gracias a un fiscal honesto y a mis propios principios.

Los periódicos sensacionalistas se encargaron de hablar del detective privado valiente y decidido que se enfrentó a la todopoderosa familia Vallance, para defender la reputación de un muchacho mexicano enamorado de la heredera Vallance y al que el imperio Vallance había tratado de hacer pasar por un psicópata sexual. En realidad la heredera era una ninfómana con problemas generacionales, que había utilizado al muchacho para dar un nieto inaceptable a su padre. Dicho de este modo parece todo muy sencillo, pero yo estuve a punto de perder mi licencia y dar con mis huesos en la cárcel acompañado por el mexicano atribulado.

—¿Para qué desea mi honestidad? —pregunté a la mujer.

—Para que busque a un hombre.

—Buddy le habrá dicho que tengo un despacho muy bonito a pocas manzanas de aquí,

¿verdad?

—Prefiero tratar el asunto aquí, si no le importa.

—No me importa, pero me gustaría conocer su nombre. ¿Es mucho pedir?

—Sí, lo es. Puede llamarme Louise.

Sus respuestas eran rápidas y firmes. Algo le preocupaba y deseaba actuar como una espía, sin embargo no era de esa clase de mujeres que se sienten incómodas cuando fingen, o demasiado cómodas en el papel que interpretan. En mi opinión, Louise, o

quienquiera que fuese, tenía sus razones para actuar de aquel modo y simplemente respetaba un plan. Me gustó inmediatamente.

—¿Quién es el hombre?

—William Morton.

—¿Ha desaparecido?

Me miró durante un momento y luego suspiró. Bebió un trago de su copa y jugó durante un par de minutos con el anillo que llevaba en el anular.

—Señor Miller, por razones que no estoy dispuesta a revelar, necesito que usted encuentre a William Morton y me diga dónde vive ahora. Si es posible, en un lapso de tiempo de diez días. Le diré todo lo que sé de él. Está en Nueva York desde hace un par de años, tiene treinta y dos años, y es alto y moreno. Un sujeto peligroso y sin escrúpulos.

Esta es su fotografía. Está algo vieja pero le servirá.

Miré el rostro. Era un tipo de aspecto violento, mandíbula cuadrada y nariz rota. Una cicatriz le deformaba el párpado derecho y sonreía como si el mundo le importara muy poco. No me sorprendería en absoluto que así fuera, porque había una expresión maligna en su mirada.

—¿Qué hará usted si lo encuentro? No parece una persona agradable.

—Eso es cosa mía.

—Bien. ¿Qué más sabe de él?

—Nada más, pero supongo que usted podrá averiguar todo lo que necesite en los ambientes vinculados a la droga, tal vez en los barrios próximos a la universidad.

Deseaba hacerle muchas preguntas pero comprendí que no obtendría ninguna respuesta. En otro momento la hubiese mandado a paseo, no me gusta meterme en líos a menos que sepa de qué van y ella no me ayudaba a hacer una composición de lugar razonable. Sin embargo, ya he dicho que me gustaba la mujer, y suelo cometer errores sentimentales.

Louise debió seguir el hilo de mis pensamientos porque abrió su bolso y me entregó diez billetes de cien dólares.

—Creo que será suficiente, si necesita más dinero nos comunicaremos a través del *barman*, su amigo. ¿De acuerdo?

—¿Por qué está tan segura de que encontraré a su hombre?

Se puso lentamente de pie y sonrió brevemente. Durante un instante su rostro perdió la rigidez, desapareció la tensión y sólo fue hermoso, muy hermoso. Era la sonrisa más tierna que me habían dedicado en toda mi vida y si hubiese durado un segundo más, Frank Miller *el Duro* hubiese perdido su caparazón.

—Porque si usted no lo encuentra ya no sabré a quién recurrir.

No repitió la sonrisa, dio media vuelta, apartó ligeramente el biombo y se dirigió con pasos rápidos y seguros hacia la puerta. Buddy la siguió con la mirada. No pude culparlo, era una mujer estupenda. Erguida y alta, de caderas grandes y pantorritas perfectas.

Me acerqué a la barra y deposité mi copa vacía, invertida, sobre la botella de cerveza que sostenía en la mano.

—¿Crees que la he impresionado, Frank? —preguntó con su rostro de momia famélica.

—Desde luego, Tutankamen, todos sabemos que eres irresistible.

Le pellizqué la mejilla y salí a la calle.

Louise había desaparecido. No me extrañó, había un hormiguero en

tecnicolor vagabundeando bajo un sol asesino.

Ya sabía por dónde empezar y, mientras organizaba mi estrategia, no podía dejar de pensar en el momento de volver a verla. Aquella sonrisa fugaz había sido un pequeño resquicio desde el que pude atisbar a la mujer que había del otro lado de mi cliente.

Me dirigí andando hacia la Sexta Avenida y torcí hacia el sur en busca de la calle Catorce. Me detuve ante un puesto de salchichas y compré un *hot-dog* y una lata de cerveza. Tenía que reflexionar sobre lo que tenía entre manos.

William Morton estaba vinculado a las drogas y, según Louise, podía hallarse en las proximidades de la universidad. No se me ocurría la razón por la que una mujer como ella pudiese desear algo de un tipo como el Morton de la fotografía, pero algo estaba claro: yo iba a dar con él.

Había comido el *sandwich* y bebido la cerveza sin darme cuenta, sumido en la contemplación de mis ideas. Encendí mi tercer cigarrillo y apreté el paso.

Marty Minoux es un buen chico. Me recibió con una sonrisa sofisticada en su pequeña *boutique* de la calle Catorce y en cuanto llegó a mi lado prorrumpió en una serie de grititos. Vestía un pantalón color rosa pálido, una camiseta de seda rosa fuerte, mocasines sin medias de lona rosa y blanca, y un pañuelo rosa-rubor en su cuello de cisne. Llevaba el cabello brillante de laca y peinado en plan Gran Gatsby. Tenía una dentadura maravillosa y la lucía como un escaparate. Yo lo conocía desde la época en que sufría su ambigüedad en el sur del Bronx y lo conocían por su verdadero nombre, Pierino Bardoni. Reconozco que su nuevo bautismo como Marty Minoux es más adecuado a su tipo, y me alegro de que le vaya bien con su negocio. En una ocasión yo le había resuelto un problema y desde entonces, como él mismo decía cada vez que nos veíamos, estaba «encantado» de poder devolverme el favor.

—Frankie, muñeco, estoy «encantado» de que te hayas acordado de mí.

—¿Cómo estás, Pierino?

—¡Calla, salvaje, aquí debes llamarme Marty!

—Está bien.

—Sé que necesitas algo, pero deja que te muestre mi nuevo *atelier*.

Prácticamente me arrastró hasta una cortina de terciopelo amarillo y me hizo pasar a un cuarto decorado de un modo imposible de describir, de modo que no lo haré. Sólo diré que me sentí allí dentro como un rinoceronte en un cuento de hadas.

—Qué, ¿te gusta?

—Sí, es maravilloso. Escucha Marty, tengo un problema.

—Está bien, dime de qué se trata.

—Estoy buscando a un tipo. Su nombre es William Morton.

Saqué la fotografía del bolsillo de mi chaqueta y se la entregué.

Marty la estudió durante algunos momentos. Sus largas pestañas vibraron a! compás de su cerebro y luego me la devolvió.

—¿Lo conoces?

—Escuche, Frankie... —comenzó y su voz aflautada recobró el tono duro de su infancia en el Bronx—, es un mal bicho. Si descubre que yo he abierto la boca...

—No lo sabrá.

—Sé que puedo confiar en ti, Frankie. Es un traficante. Trabaja en la zona de la universidad. Algunos de mis amigos recurren a él cuando no tienen más remedio.

¿Entiendes?

—Lo imagino.

—No sé dónde vive, pero está bien respaldado.

—¿La Organización?

—Tal vez. No es un pez gordo, pero lo respetan. Consigue buenos dividendos entre los chicos.

—¿Dónde puedo localizarlo?

—Hay un tugurio en la calle Ciento diez, en el límite de Harlem. Suele ir allí con frecuencia, por la noche. El garito se llama Le Papillon, un

nombre muy mono, ¿no crees?

—Gracias, Marty.

—¿Ya te vas?

—Sí, pero vendré por aquí un día de éstos y hablaremos de los viejos tiempos, ¿de acuerdo?

—¡Jamás! —respondió Marty y estrechó mi mano con fuerza.

CAPITULO II

Regresé a la oficina, me quité la chaqueta y la camisa, y refresqué mi torso. Luego regué las plantas y fumé mi cuarto cigarrillo. Saqué los diez billetes de cien dólares y los miré durante algunos minutos. Normalmente cobro doscientos cincuenta pavos al día más gastos, de modo que si Louise me había dado mil sin hacerme preguntas era porque confiaba en que encontraría al hombre en dos o tres días o, de lo contrario, cabían dos posibilidades: o no tenía demasiado dinero o deseaba mantener un cierto control sobre mí, entregándome una parte de lo que estaba dispuesta a gastar. De todos modos me sorprendí a mí mismo restándole importancia a los honorarios.

Decididamente, la mujer me había impresionado.

Tenía que matar algunas horas de modo que leí unos números atrasados de *Variety* y luego limpié mi «Smith & Wesson» del 38. No me gustaba llevar el revólver, no porque tenga prejuicios, sino porque hacía demasiado calor para calzarme la pistolera. Pero conozco Harlem y había oído hablar suficientemente de Le Papillon como para caerme por el barrio armado solamente con mi fascinante sonrisa.

A las ocho el sol continuaba dorando el lomo de la ciudad, pero una brisa húmeda del este pronosticaba un crepúsculo menos sofocante.

Ajusté la pistolera bajo mi axila izquierda, enfundé el 38 y me puse la chaqueta. Cuando salí de la oficina ya no se escuchaba el rumor de la actividad diurna que reverberaba en el edificio. Bajé hasta el vestíbulo y sorprendí a Sam masajeándose los pies detrás de su mesa de trabajo.

—Habrà tormenta, señor Miller —me dijo—, mis pies no mienten.

—Sam, ¿puedes hacerme un favor?

—Desde luego.

Le entregué un sobre donde había colocado ocho de los diez billetes de cien dólares.

—Es dinero, Sam. Quiero que lo guardes en la caja fuerte que tienes en la portería.

—De acuerdo, señor Miller.

—Y tómate una cerveza.

Le di un billete de cinco dólares que hizo repicar su dentadura postiza, y salí antes de que se ahogara con ella o la arrojara a mi garganta.

Cogí un taxi hasta el extremo norte del Central Park y me apeé justo en la calle 110. El cielo se oscurecía con rapidez, más por la tormenta que se aproximaba desde el océano que por solidaridad del sol. La atmósfera de Harlem parecía más densa que de costumbre y experimenté una vaga sensación de violencia. Tengo muchos conocidos en Harlem, pero a pesar de la frecuencia con que los visito no puedo desprenderme del clima de violencia que huelo en sus calles. Algo me dice que el sistema no funciona allí.

Le Papillon es un local que ocupa el sótano y las dos primeras plantas de un edificio sucio y deteriorado. La fachada está pintada de un color que alguna vez fue azul y que el tiempo se encargó de ametrallar sin piedad. Un cartel de neón ilustra el sitio y una ma-riposa azul y roja mueve las alas intermitentemente.

En la puerta había un grupo de individuos con pantalones ajustados, camisas amplias y sueltas, y botas con puntera de metal. Dos de ellos eran negros, los otros cuatro eran

blancos de rostros bien alimentados. Pasé entre ellos y descendí los seis escalones que llevaban al sótano. El ambiente del interior era sofocante y oscuro. Estaba repleto de hombres y mujeres, y el olor resultaba algo complicado de definir. Humo de cigarrillos, marihuana, perfumes de toda calidad y sudor de todos los huecos del cuerpo.

Individualizar a William Morton allí dentro era imposible. Me acerqué a la barra y conseguí un sitio entre dos furcias.

Me observaron calculando sus posibilidades.

—Lo siento, chicas —dije amablemente—, sólo deseo una copa.

—¿Nada más? —preguntó una de ellas.

Me volví hacia la muchacha y la observé con detenimiento. No podía tener más de veinte años, pero su boca hablaba de siglos.

—¿Qué otra cosa puedes ofrecerme, muñeca?

—Ven conmigo y te sorprenderás, primor.

—No, no hablo de sexo —repliqué chasqueando la lengua.

—¿Buscas un viaje?

—Tal vez.

—Tienes aspecto de poli, cariño.

—Y tú de primera dama. ¿Acaso no confías en mí?

—¿Traes pasta?

—No soy millonario, chiquita.

—Cincuenta pavos.

—Está bien.

—Espera un momento, y no me olvides —dijo y se apartó de la barra.

Dejé que se alejara un par de metros y comencé a seguirla entre los cuerpos fantasmales. Podía verla moverse sinuosamente entre los hombres dedicándoles frases maliciosas y caricias procaces. Toda una profesional.

Llegó al extremo del amplio salón y cruzó transversalmente la pista de baile, donde una docena de parejas se movían al ritmo de una orquesta de muchachas desnudas salpicadas de purpurina. Tocaban bastante bien., sólo que nadie parecía interesado en sus talentos musicales.

La muñeca negra desapareció tras una cortina y yo la seguí. Una escalera donde algunos individuos reposaban de sus fatigas llevaba a la primera planta. Allí el ambiente era distinto. Una docena de mesas con manteles de plástico, lámparas baratas y ninfas complacientes en las rodillas de señores de dudosa prosperidad. En el pequeño escenario que había en un extremo, se desarrollaba un espectáculo complicado en el que dos hombres jóvenes y atléticos y tres muñecas de lujo, vestidos solamente con el brillo de la piel, abastecían por sí solos toda una olimpiada sexual.

Mi muchacha se aproximó a una de las mesas y se inclinó sobre uno de los hombres que observaba la competición. El individuo giró ligeramente el rostro y descubrí el perfil cuadrado de William Morton.

Era todo lo que necesitaba por el momento, de modo que me escabullí rápidamente escaleras abajo y atravesé como una anguila la

muchedumbre del sótano para alcanzar la salida.

El grupo de la puerta continuaba allí y me dedicó una mirada de pocos amigos. No me

importó, ya tengo todos los amigos que necesito. Caminé una veintena de metros y llegué al callejón umbrío que conducía a un amplio patio posterior donde funcionaba el aparcamiento de Le Papillon.

Encendí mi quinto cigarrillo y me dispuse a esperar.

Cinco minutos más tarde apareció uno de los tipos que había visto a la puerta del local.

Era tan alto como yo, un metro ochenta y cinco, y noventa kilos de músculos embutidos en sus ajustados pantalones de cuero.

—¿Has perdido tu coche, compañero?

Se detuvo a un par de metros y abrió las piernas. Se frotó las manos sin quitarme los ojos y comenzó a balancearse sobre los tacones de sus botas. Si no hubiese estado seguro de que el hércules era capaz de romperme todos los huesos sólo para gozar con la diferencia de sonidos, me hubiese echado a reír de su aspecto de matón cinematográfico.

—¿Eres el vigilante de este tugurio? —pregunté mirando el extremo encendido del cigarrillo.

—Intenta otro chiste y tal vez me ría, capullo.

—¿Te han enviado tus amiguetes?

—¿Qué estás buscando?

—No estoy buscando nada, espero a una de las furcias de Le Papillon?

—Interesante. ¿Cuál de ellas?

Deduje que si sus amigos no habían aparecido era porque no pensaban hacerlo. El matón me había visto doblar por el callejón y seguramente pensó hacer una pequeña proeza confiando en su fuerza.

Continuaba balanceándose, muy seguro de sí mismo, y pensé con rapidez. Tenía que quedarme por allí para seguir a Morton cuando recogiera su coche. Estaba convencido de que no iría de un sitio para el otro con la mercancía utilizando el metro.

—Está bien, amigo. No quiero líos, ya me voy —dije y di una chupada del cigarrillo.

—¿Y la chica? ¿Ya no quieres esperarla?

—No deseo tener problemas, he cometido un error viniendo a este lugar. Lo siento, yo...

Arrojé el cigarrillo a su rostro cuando su balanceo aproximó su pelvis y le propiné un excelente puntapié frontal de karate en la entrepierna. Se dobló como si hubiese sufrido un repentino espasmo y le di un golpe en la sien con los nudillos. Cayó de bruces y quedó inmóvil. Lo cogí por las muñecas y lo arrastré entre los coches aparcados hasta la puerta trasera del tugurio. Había varios cubos grandes de desperdicios y varias hileras de cajones con botellas vacías. No me costó un gran esfuerzo ocultarlo. Le arranqué el cinturón y la camisa, y lo até de pies y manos. Llevaba una navaja automática, una porra de goma y unos cuantos dólares. Con un trozo de la camisa amordacé su boca y me guardé sus instrumentos de trabajo.

Me oculté y aguardé durante un par de horas. Durante ese tiempo salieron varios grupos por la puerta trasera del local y se largaron en sus coches en medio de rugidos masculinos y aullidos femeninos que anticipaban la continuidad del safari en otro escenario. Tuve que acostumbrarme a los miasmas del callejón y los desperdicios acumulados junto a las paredes, donde un ejército de gatos se disputaban la porquería y las hembras con un concierto de maullidos poco estimulantes.

Por fin, vi aparecer a mi hombre. Alguien lo acompañó hasta la puerta y lo despidió con una palmada. Morton se dirigió a un Ford de cuatro puertas color negro, similar a otro millón de automóviles idénticos que circula por Nueva York. Abrió la portezuela mientras yo registraba el número de su matrícula. Mi idea era averiguar su domicilio a través de un conocido muy útil en el Centro de Tráfico, pero algo me obligó a modificar el plan.

Un tumulto estremeció el aparcamiento y una fila de cajones con botellas se hizo añicos contra el suelo. Varias divisiones de gatos huyeron despavoridos y sin ninguna disciplina.

Morton se dio la vuelta y una pistola apareció en su mano con excesiva velocidad para tratarse de un traficante.

Mi amigo el matón había conseguido hacerse notar.

Morton se dirigió sigilosamente hacia el caos de botellas rotas y yo me colé en su automóvil y me eché en el espacio que dejaban los respaldos de las butacas delanteras y el asiento trasero. El calor era infernal y desconté los diez dólares que me costaría la limpieza de mi traje. Empuñé el revólver y aguardé. Escuché murmullos, luego voces airadas y por fin el traficante entró refunfuñando al coche, puso el motor en marcha y salió disparado por el callejón.

Veinte minutos más tarde detuvo la carrera y se apeó. Conté hasta diez y me incorporé.

Estábamos en una calle apartada, un barrio de edificios antiguos y vetustos en el sur del Bronx, muy cerca del puente George Washington.

Morton subió los escalones de un portal y abrió la puerta. Lo seguí diez segundos después. La puerta estaba cerrada, de modo que crucé la calle y observé las ventanas de la fachada. Una luz se encendió en la tercera planta y vi el corpachón del traficante recortado contra la claridad mientras corría las cortinas.

Me sentí súbitamente satisfecho. Mi trabajo había terminado y sólo había trabajado un día. Mil dólares por unas cuantas horas de trabajo era un buen salario.

Caminé tres o cuatro manzanas, cogí un taxi y regresé a casa. Me quité la ropa con ansiedad y me metí debajo de la ducha. Permanecí largo rato debajo del agua, reflexionando. Me producía una gran curiosidad el interés de Louise por el traficante.

Alejé la idea de que tal vez ella fuese su amiga o una drogadicta, pero no lo hice con demasiada convicción. En realidad yo deseaba que no fuese ni lo uno ni lo otro, pero sabía por experiencia que mis mociones de anhelo poco o nada tenían que ver con la realidad.

Me sequé y me dejé caer sobre la cama deshecha. Encendí mi último cigarrillo y me serví dos dedos de *bourbon* en un vaso de cartón. Mientras bebía fijé la mirada en el agujero del viejo disparo que había perforado la cortina de la ventana. Una luz de diferentes colores se filtraba por él como si se tratara de un juguete infantil.

Allí, dentro de ese simbólico agujero reposaban algunas de mis reflexiones más brillantes, aunque ninguna de ellas había conseguido modificar mi vida.

Abrí los ojos y comprobé que eran las ocho de la mañana. Me sentía en forma, de modo que me duché y me vestí con un tejanos, un par de zapatillas de tenis y una camisa de treinta dólares que me había regalado para festejar mis cuarenta años. Bajé a la calle, dejé el traje sucio en la tintorería y entré en el bar de Emma.

—Hola, preciosa —dije con mi mejor humor.

—Si vas a invitarme a bailar olvídalos, mis rodillas ya no resisten la marcha —replicó con su rostro de foca.

—Esta mañana quiero un desayuno completo y ponle tabasco a los huevos.

Me dirigió una mirada especulativa.

—Creo que estás perdiendo algo de peso, chaval.

—Si he de buscar esposa debo conservar mi prestancia.

—Es posible —dijo sin convicción.

Comí con avidez y en silencio. Emma tenía mucho trabajo a esa hora y ni siquiera me despedí de ella. La tormenta que había comenzado a concentrarse la noche anterior estaba detenida cubriendo la ciudad como una mortaja gris. El aire había refrescado algo y aunque la humedad se pegaba a la piel como una compañía inevitable, no había el bochorno del día anterior. Decidí caminar hasta el «32».

Hacía ya algún tiempo que no gozaba de un buen paseo por el Village y disfruté mezclándome con un mundillo que la publicidad se ha encargado de mitificar de mala manera. Llegué al «32» poco después de las once y hallé a Buddy enfrascado en la lectura de un periódico.

—¿Algún crimen sexual, Buddy?

—¿Qué haces por aquí a estas horas?

—Descanso de mis jornadas intensivas. ¿Qué estás leyendo?

—El periódico donde apareció tu figura de caballero andante luchando contra los molinos de petróleo de la familia Vallance. Ahora comprendo de qué modo la mujer elegante dio contigo. Mira, lee lo que dice este artículo.

Me alargó el periódico.

Era un número de la época dura y estaba fechado casi cuatro años atrás. En un momento del relato periodístico, se mencionaba el «32» y mi amistad con Buddy.

—¿Y qué tiene de extraño? —pregunté.

—Nada, es que... no podía imaginarme de qué modo había averiguado que yo podía comunicarla contigo.

—Amigos comunes, conocidos, alguien que menciona un nombre, vamos, Buddy... tú eres un experto en relaciones humanas. Hay mil modos de enterarse de algo y entre ellos la casualidad interviene con frecuencia. En el Village, el «32» es una institución y vengo aquí desde que...

—No digas más, no soporto que comiences a hablar de los años pasados, pero te diré una cosa, gran jefe. Me sorprendió porque esa mujer no es de Nueva York.

—¿Por qué lo dices?

—Su acento, el modo en que comenzó a hablarme; no puedo darte detalles, pero lo sé.

—Te diré una cosa yo ahora, Tutankamen. Aquí, en Nueva York, hay más italianos que en Venecia, más judíos que en ninguna otra ciudad del mundo y más irlandeses que en Dublin. ¿Cómo sabes que ella no vive aquí?

—Porque se mostró confundida cuando le di la dirección de tu oficina. No sabía cómo llegar hasta allí y me hizo algunas preguntas extrañas.

—¿Qué preguntas?

—Cuánto hacía que tenías la oficina, si tenías muchos conocidos; en fin, esas cosas que se detectan.

—Y tú eres un experto, ¿verdad?

—Ya deberías saberlo, hijito.

—Bien, de acuerdo, no es de Nueva York. ¿De dónde es según tu momificada bola de cristal?

Buddy se reclinó sobre la barra y comenzó a rascarse la punta de flecha de su barbilla con la mirada perdida. La escena le salía muy bien.

—Del norte, tal vez de Maine o del estado de Nueva York, pero de alguna ciudad como Pittsburgh o...

—¿Por qué?

—Hijo, límitate a confiar en mí, ten fe y no dudes —replicó Buddy, tocándome la frente como un obispo circunspecto.

Un cliente requirió su presencia en el otro extremo de la barra.

—Ya me voy, Buddy. Ella se comunicará contigo. Dile que tengo la información. ¿De acuerdo?

—Será un placer, genio —replicó Buddy sin volver la mirada.

Regresé a la aventura callejera menos satisfecho de lo que me había sentido por la mañana. En realidad no sabía exactamente a qué se debía mi cambio de humor. Con excepción de algunos síntomas vinculados a la crisis de mis cuarenta años tenía un cierto equilibrio emocional, a pesar de las veleidades del mundo que me rodeaba y también,

¿por qué no?, porque había vivido lo mío en los últimos veinte años, diez de los cuales no se desarrollaron en ambientes prósperos y florecientes, en medio de gentes sanas y de dientes brillantes como anuncia la publicidad. En fin, que algunas escamas más o menos impenetrables me cubrían la carne.

Comí en un restaurante cantonés y bebí un par de copas refrescantes mientras la ciudad se oscurecía más y más bajo una tormenta que parecía dispuesta a acabar con el sueño americano.

Estuve a punto de pasar por mi oficina, pero decidí regresar a casa. No hice más que cerrar la puerta cuando un relámpago se coló por el agujero de bala de la cortina y la lluvia comenzó a barrerlo todo.

Encendí un cigarrillo, me serví una copa y comencé a pensar en Louise.

CAPITULO III

Los dos días siguientes me resultaron interminables. Ninguna novedad en la oficina, las mismas viejas películas en los cine-clubs y un mutismo alarmante de mi extraña cliente.

Me dejé caer un par de veces por el «32» con la esperanza de que ella apareciera repentinamente, pero no ocurrió así. La verdad es que yo deseaba verla y averiguar qué era lo que le preocupaba. Sabía que estaba esperando mis noticias y que necesitaba la información con urgencia, pero por alguna razón se tomaba su tiempo. Por la noche fui hasta el domicilio de Morton para ratificar que efectivamente vivía allí y no incordiar a mi amigo del Centro de Tráfico. El traficante llegó el primer día a las doce y media de la noche y el segundo día una hora más tarde.

No suelo ponerme nervioso con frecuencia, pero me sentía ligeramente inquieto por el silencio de Louise y pensé que tal vez pudiese ahondar un poco en la vida de William Morton. Deseché la idea porque no era ésa la tarea que ella me había encomendado y tal vez afectara sus planes, cualesquiera que fuesen.

El tercer día llegué a mi oficina a las once de la mañana. La tormenta había durado hasta la madrugada anterior y sus efectos consiguieron purificar el aire de Manhattan hasta convertirlo en algo digno de ser respirado.

Presioné el botón del contestador automático y escuché la voz de Buddy. Su tono era divertido y podía imaginar su rostro de hurón gozando: «¡Albricias patán, la dama ha preguntado por ti! Entre nosotros, te diré que está más hermosa y severa que la última vez.»

Bajé apresuradamente las escaleras, pedí a Sam el sobre con el dinero y aguardé mientras el viejo iba hasta la portería.

—Aquí tiene, señor.

—Gracias, Sam. Tómate una cerveza a mi salud.

Cogió los cinco dólares que le tendía, apretando las mandíbulas de modo que esta vez la dentadura postiza no pudo iniciar ningún ritmo africano.

Cogí un taxi hasta el «32» y me apeé de un salto. Llevaba el mismo

traje que había retirado del tinte y parecía un novio ansioso y adolescente ante una cita trascendental.

Buddy me indicó con un gesto el reservado junto a la columna y fui directamente hacia allí.

—Ha trabajado rápido —me dijo incluso antes de que me sentara.

Esta vez vestía un tejano blanco, camiseta azul y una cazadora liviana igual que los pantalones. El cabello caía ondulado sobre su rostro y parecía realmente una muchachita de dieciocho años. Pero el rostro hermoso e inteligente desmentía la juventud del cuerpo y el atavío. No desentonaba con su porte magnífico, sino que le añadía encanto. Sus ojos me miraban sin pestañear.

—He tenido suerte —repliqué mientras me sentaba.

Extraje el sobre y saqué de él quinientos dólares.

—¿Qué hace? —preguntó impasible.

—Sólo he trabajado dos días. Quinientos dólares.

—¿Dónde vive Morton?

Le estiré un papel con un informe completo: dirección, matrícula de su automóvil y horarios.

—Gracias —murmuró con la mirada fija en el papel.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Puede hacerla.

—¿Por qué?

Abrió su bolso playero y sacó una cajetilla de cigarrillos. Acerqué el mechero a su rostro y lo encendió rápidamente. Inhaló el humo profundamente y guardó el papel y los pitillos en el bolso.

—Lo siento, no puedo darle ningún detalle. Me gustaría que conservara ese dinero. Tal vez vuelva a necesitar sus servicios.

—Bien, en ese caso podrá pagarme cuando me contrate nuevamente.

Durante algunos momentos me pareció que estaba indecisa, como si no se hallara totalmente en el «32» conmigo, sino hundida en alguna

reflexión que no deseaba compartir.

Me sentí un poco preocupado por ella. No encajaba en ningún papel que yo pudiese pensar, y mucho menos junto a un intérprete como Morton.

—Si piensa entrevistarse con él tal vez yo pueda acompañarla. No tiene amistades edificantes.

—Conozco a William Morton —dijo de pronto—, y sé exactamente qué clase de persona es. No se preocupe por mí, señor Miller.

Recogió los quinientos dólares y me miró fijamente. Yo sostuve su mirada. Se puso de pie, ocultó parte de su rostro tras unas grandes gafas de sol y me tendió la mano.

Tenía dedos largos, secos, tibios y fuertes. Me gustó el modo en que estrechó mi mano.

—Gracias otra vez, señor Miller.

—Puede llamarme Frank, a fin de cuentas yo la llamo Louise.

Pareció sorprenderse y entonces sonrió. Fue una son risa idéntica a la que yo había acusado durante nuestra primera entrevista. La sonrisa más entrañable del mundo. Al menos del mundo que yo conocía.

—Adiós, Frank.

Giró sobre los talones y dejó un billete al pasar junto a la barra.

Cuatro de los cinco hombres que estaban en la barra se volvieron hacia ella y la siguieron con la mirada. El quinto estaba borracho.

Buddy cogió el billete y me miró con expresión atónita.

—Son diez dólares —dijo por fin.

—¿Y qué? —pregunté acodándome delante de él.

—Que no ha consumido absolutamente nada, y tú tampoco.

—Ya te lo dije, Tutankamen, eres irresistible.

Salí a la calle y la vi coger un taxi. Tuve el impulso de seguirla, pero no lo hice. Entré nuevamente en el «32» y bebí lo suficiente como para dejar de pensar en algo que me molestaba.

—¿Qué es lo que te preocupa, chico listo? —preguntó Buddy.

—No lo sé.

—Pues yo sí lo sé.

—De acuerdo, escúpelo.

—Te has complicado sentimentalmente.

Me eché a reír.

—Hablas como en los seriales de televisión.

—Es que tú mismo eras uno de esos seriales, amigo. Puedes creerme, es mucho lo que todavía no comprendes.

—Déjalo ya, Buddy. No necesito un *barman* amable y conversador, sólo lo otro, *bourbon*.

Llenó la copa hasta el borde, dejó la botella sobre la barra y me miró sin ninguna clase de ironía. Algo poco habitual en él.

—Esa mujer, tu esposa, la que te abandonó en Niagara Falls.

—¿Qué ocurre con ella?

—Te ha hecho más daño del que tú crees.

—Tonterías.

—Sí, desde luego, son tonterías... —murmuró su boca escueta y con aspecto de acento circunflejo.

—Hasta la vista, doctor Freud.

Salí nuevamente a la calle. El sol caía como plomo derretido y la escasa brisa había agotado sus reservas. El aire era denso y caliente como el vapor de una sauna y yo me sentía miserablemente.

Me metí en un cine continuado y permanecí allí dentro hasta que acabó la función y el tipo de la taquilla vino a decirme que iban a cerrar.

Mi ánimo permanecía inalterado y ni siquiera había visto la película.

La noche no había variado en nada la temperatura del día y sentía la

camisa pegada a la piel. Cogí un taxi y le di la dirección del tugurio de la calle 110.

Cuando pagué al chófer comprendí que había ido hasta allí guiado por un impulso. Era una tontería, pero me sentía un poco tonto, de modo que entré a Le Papillon. Eran poco más de las doce y el ambiente del antro estaba en su apogeo. La orquesta de ninfas desnudas y salpicadas de purpurina conseguía el aplauso y los silbidos de los clientes y el olor a sudor y tabaco aderezado con perfume de un dólar, resultaba irrespirable.

—¡Muñeco! —dijo una voz áspera a mi espalda.

Me volví y vi a la fulana que había conocido tres días antes.

—Hola, pequeña. Siento lo ocurrido, pero repentinamente me sentí asqueado.

—Comprendo, eres demasiado elegante para Le Papillon.

—Nada de eso. ¿Quieres una copa?

—¿Por qué no?

Mientras bebíamos la miré con detenimiento. No estaba nada mal. Tenía unos pechos agresivos que no conseguía dominar dentro de un escote que le llegaba hasta el ombligo.

La minifalda permitía constatar los muslos rotundos y achocolatados, brillantes de sudor, y su rostro perverso hubiese resultado muy bonito si no hubiese expresado a las claras cuál era el tipo de vida que se había visto obligada a llevar.

—¿Qué opinas de la mercancía? —preguntó pasando una lengua húmeda y rosada por la película de licor que tenía en los labios.

He tenido amigas y amantes prostitutas y no siento por ellas más que una mezcla de

ternura y dolor. Hay algunas que son francamente bestiales y otras que se comportan como niñas acongojadas; las hay indiferentes, capaces de leer una fotonovela mientras el cliente trabaja con frenesí, y las que se entregan como ardillas felices porque su concepto del sexo es algo muy personal.

—¿Cómo te llamas?

—Chat.

—Bien, Chat, quiero divertirme —dije sonriendo.

El *barmen*, atento como un lebrel, volvió a llenar las copas.

Fue entonces cuando la vi.

Estaba seguro de que era Louise. Llevaba una peluca rubia y un vestido que podía competir con el de Chat. No alcancé a observar muy bien su rostro, pero supe que era ella.

William Morton pasaba un brazo sobre sus hombros y la llevaba hacia la primera planta. Seguramente habían estado bailando en la pista y yo como un imbécil hablando con Chat. Comprendí que había ido allí con la esperanza de verla e inmediatamente recobré la serenidad y me dije que era imposible que se tratara de Louise. ¿Qué diablos podía estar haciendo una mujer como ella en Le Papillon?

Mis reflejos, sin embargo, no respetaron mi razonamiento y me lancé en pos de la pareja. Chat se aferró a mi brazo y procuró detenerme.

—¡Oh, no! —gritó sonriente—, esta vez no vas a escaparte de mí.

—Acompáñame —dije—, creo que he visto un fantasma.

—Me encantan los fantasmas —replicó haciendo un gesto al *barman* con el que le indicaba que yo no estaba en mis cabales.

Procuramos avanzar entre la muchedumbre y a duras penas conseguimos llegar a la pista de baile. Las loubas desnudas alcanzaron el apogeo de su ritmo frenético y la pandilla de espásticos que se cimbreaaba ante el pequeño escenario perdió todo el control, el poco que les quedaba. Perdimos cinco preciosos minutos procurando pasar entre el aquelarre y alcanzar la escalerilla que llevaba a la primera planta. Por fin, completamente mojado y arrastrando a Chat conmigo, llegué al extremo de la sala y subí apresuradamente la escalera. Al llegar a la primera planta perdí otros dos minutos en comprobar que Morton y la mujer, Louise, o quien fuera, no estaban allí.

—¿Dónde está la puerta trasera? —pregunté a Chat.

—Sígueme —dijo ella, todavía divertida.

Una escalera oculta por una cortina sucia y negra llevaba nuevamente al sótano, es decir, a un pasillo bajo el nivel del suelo, al fondo del

cual estaba la puerta que yo buscaba. Corrimos hacia allí y abrí de golpe para enfrentarme con el aparcamiento atestado de automóviles.

Reconocí el olor de los desperdicios, de los orines de gato y de la porquería acumulada.

Al fondo, el coche de Morton hizo chirriar los neumáticos y se esfumó por el callejón.

Ya estaba por echarme a correr cuando Chat me contuvo.

—¡Eh, hombre, ya está bien! —dijo con firmeza y, abrazándome, cambió completamente el tono de su voz y añadió—: Deja que sea yo quien te explique ahora un jueguito que conozco...

—Tienes razón —accedí—, debo estar volviéndome loco.

—Vamos, tengo una habitación muy cerca de aquí.

Cruzamos el aparcamiento y salimos a la calle por el callejón. Me pareció reconocer en la puerta del tugurio al matón que había atizado, pero estaba a unos cuantos metros de distancia y no le presté atención.

Tal vez fuese Louise la que se había marchado con Morton y tal vez no. Pero algo me había sucedido para ir allí aquella noche y actuar como un demente al creer reconocerla.

—Es aquí, cariño —dijo Chat, arrancándome de mis reflexiones.

Un hotel barato, sostenido sobre sus cimientos más por la necesidad sexual de las parejas que acudían a él que por la firmeza de sus precarias paredes.

Chat recogió una llave al pasar por el vestíbulo y sonrió a un negro gordo y de barba blanca que leía una revista de boxeo.

—Te pagará más tarde Big Jim —dijo Chat, y comenzó a subir una ruidosa escalera de madera.

Seguí el panorama de sus nalgas duras y rotundas, perfectamente detectables bajo la presión ligera de la falda.

Entramos en una habitación que olía a coliflor hervida, esmalte de uñas y spray desodorante.

Chat dejó caer su vestido y la pequeña braga roja me lanzó un

llamado desde su entrepierna.

Levantó los brazos y se recogió el cabello. Inclino el rostro sobre un hombro y apoyó la cadera sobre una sola pierna. Los senos grandes y endurecidos apuntaban ligeramente hacia afuera, como en un cuerpo bizco.

—Yo no soy ningún fantasma, querido, puedes comprobarlo.

Mientras me quitaba la ropa pensé fugazmente en Louise y algo semejante a un atisbo de vergüenza imprimió una nota de alarma en mi precario estado emocional.

—Al diablo contigo, Louise —dije para ahuyentar esa presencia imaginaria que estaba juzgándome desde detrás de mi frente.

—Eso es —rió Chat—, al diablo con ella.

Me estiré sobre la cama y comprobé con cierto alivio que las sábanas olían a recién lavadas. Chat se quitó la braga roja y se estiró sobre mi cuerpo.

—¿Cincuenta dólares? —murmuró junto a mi oído, lamiéndome el lóbulo.

—Son tuyos, gata —dije, mirando el cielo raso convertido en espejo.

La observé en el espejo. Parecía una serpiente oscura y sabia, danzando al compás de una melodía febril que sólo ella parecía escuchar pero que me transmitía eficientemente.

Cerré los ojos, la abracé y pensé que aquello era todo lo que necesitaba para combatir mis malos espíritus.

* * *

Chat encendió un cigarrillo y se estiró lentamente.

—Buena chica —dije mientras me vestía.

—La habitación son diez dólares más, cariño.

—De acuerdo.

Me puse la chaqueta y guardé la corbata en un bolsillo. Estaba lavándome las manos y el rostro en el pequeño lavatorio que había junto a la cama, cuando la puerta se abrió de golpe y entró el matón

del pantalón de cuero con otros dos tipos.

Chat lanzó un grito y se ovilló junto al respaldar.

—Tranquila, zorrita. El asunto no va contigo. Es el muñeco el que nos interesa —dijo con una voz que podía aserrar una plancha de aluminio con sólo proponérselo.

Me di la vuelta y sonreí. Siempre sonríó cuando no tengo más alternativa.

—Hola, campeón, ¿has conseguido una porra nueva?

Los dos amiguetes cerraron la puerta y sonrieron con ferocidad. Me gustó la escena, pero sólo para vivirla como espectador.

—Voy a darte una paliza inolvidable —bramó el matón.

—Adelante, cabrón —lo invité con mi mejor sonrisa, a sabiendas que era muy posible que fuese la última vez que podía ofrecer mi dentadura inmaculada a la apreciación social.

El tipo extrajo una reluciente cadena de motocicleta y la hizo oscilar ante mis ojos.

—Lindo juguete —comenté—, ¿lo utilizas para merendar?

Reaccionó como yo esperaba. Levantó rápidamente la cadena y la lanzó hacia mi rostro.

Hice lo único que se puede hacer frente a alguien armado con una cadena. Levanté el antebrazo izquierdo, detuve el golpe con dolor, pero evitando que me rompiera la mandíbula, y cuando se enrolló en mi brazo tiré de ella. El matón procuró recuperarla y yo lancé mi mano derecha con los dedos estirados hacia su cuello. Fue un excelente golpe que lo dejó sin respiración. Lo aparté y salté sobre la cama. El impulso me llevó junto a los otros dos. Caí sobre ellos de un modo poco elegante, chocamos contra la puerta que cedió con la embestida y rodamos fuera de la habitación.

Uno de los tipos me cogió por el cabello y conseguí asestarle un codazo en el plexo solar, pero el otro encontró mi cabeza en el extremo de sus nudillos y comencé a ver luces grises y blancas. Retrocedí cuanto pude y apoyé la espalda en la pared para no caer.

Vi un bulto que se acercaba y girando el cuerpo lancé una patada

lateral a media altura que se hundió en algo blando. Un grito acompañó la desaparición del bulto. Entonces recuperé la visión, pero sólo para recibir un puñetazo en el estómago y ver cómo el *bourbon* ingerido brotaba mansamente de mi boca. Conseguí lanzar una segunda patada a ciegas y di en el blanco, porque el tipo lanzó un juramento.

Traté de avanzar hacia donde suponía que estaba la escalera, pero el cuerpo se negaba a obedecerme. Tropecé y caí. Me puse de pie y recuperé nuevamente la visión. Tenía un gusto ácido en la boca y todavía no podía respirar con normalidad. Descubrí que la escalera estaba en la dirección opuesta y me volví.

El matón había salido al pasillo y venía hacia mí. La cadena silbó en el aire y aparté la cabeza para recibir el impacto en el hombro. Fue un dolor quemante e incisivo que me enfureció. Arremetí contra él y caímos al suelo. Le di una trompada en pleno rostro y estaba por repetir el golpe cuando alguien tiró de mis cabellos y me golpeó en los riñones.

El aire huyó definitivamente de mis pulmones, pero no tuve tiempo para lamentarlo

porque el tercero de los chicos me golpeó otra vez en el estómago. Estiré los brazos y conseguí cogerle una mano. Le doblé los dedos con una fiereza desesperada y el tipo aulló de dolor. Me dejé caer para evitar el castigo del que llevaba sujeto a mi espalda, pero no conseguí más que empeorar la situación. Quedé arrodillado sobre el suelo, con el mono subido a mi espalda y buscándome el cuello. El matón de los pantalones de cuero se incorporó rebuznando sangre, apartó al tipo que gemía con los dedos quebrados y me dio un puñetazo en la frente. Por alguna razón no perdí el conocimiento y con un movimiento involuntario me desprendí del mono que llevaba a la espalda. Ya no tenía fuerzas ni la frialdad necesaria para salir medianamente airoso de aquello. Todo lo que quería era llegar a la calle para evitar que me liquidaran.

—Hijo de perra... —balbució «pantalones de cuero» y me dio una patada en las costillas.

Me tambaleé y di con mis huesos en el suelo, pero no me detuve, rodé un par de metros y llegué al borde de la escalera. Traté de incorporarme asiéndome de la espiral multicolor que giraba en mi cabeza y sentí un dolor brutal en la mandíbula. Perdí definitivamente el equilibrio y caí por la escalera de madera con un ruido atronador.

Cuando llegué abajo me incorporé por puro reflejo y me lancé de cabeza hacia la puerta abierta que daba a la calle. Pero no tuve suerte. «Pantalones de cuero» me cogió por el hombro, me hizo dar una media vuelta y hundió su puño en mi estómago. Me vi entonces mirando desde muy cerca la hebilla de su cinturón y, en medio de la náusea, el dolor brutal y el desvanecimiento, lo golpeé en los testículos con el puño cerrado en el mismo momento que recibía su toque de gracia en la nuca.

* * *

Algo me hería en la cabeza, algo punzante y ardiente. Procuré apartarlo de mí y debí moverme porque la fuerza del dolor me despertó. Chat estaba inclinada sobre mí y vi confusamente el rostro del negro de la barba blanca sosteniendo una botella de licor a su lado.

—Tienes que irte —dijo Chat fríamente—, pueden regresar.

—¿Qué ocurrió?

—Hubo un tumulto muy cerca de aquí y la policía hizo aullar las sirenas. Se largaron para evitar problemas y Big Jim estuvo tratando de hacerte reaccionar con sus técnicas de ex boxeador.

—Peso pesado, hombre —sonrió Big Jim—, peso pesado.

Me ayudaron a ponerme de pie.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Has estado inconsciente más de cuarenta minutos. Tienes la fachada hecha un asco, encanto —ronroneó Chat.

Busqué sesenta dólares en el bolsillo del pantalón y se los alargué.

—Todo un caballero —dijo Chat, chasqueando la lengua.

—Estoy en deuda contigo, campeón.

—Campeón, sí, peso pesado... —repitió Big Jim moviendo la gran cabeza negra sumido en una historia que sólo él podía gozar.

—Vamos, tienes que largarte —me urgió la muchacha.

Big Jim y ella me ayudaron a llegar a la puerta y me metieron en un taxi.

—Gracias, Chat.

—Me gustaría volver a verte, aunque estás más loco que una cabra.

Di al taxista la dirección de mi casa y me recosté en el asiento. El chófer me observó por el espejo retrovisor y me alcanzó un cigarrillo.

—Un barrio duro, sí, señor —dijo sentenciosamente.

Encendí el cigarrillo y cerré los ojos.

Cuando me bajé del automóvil delante del edificio en que vivía experimenté la sensación de que yo era el eje de una gigantesca peonza constituida por el resto del mundo.

El taxi se alejó por la calle húmeda y yo hice un esfuerzo para hallar el camino que conducía a las escaleras y alcanzar el rellano de los ascensores. Mientras ascendía en la caja zumbante eché un vistazo a mi rostro en el espejo.

Ese tipo no era yo, y tal vez le costara algún tiempo volver a serlo.

Tenía el traje ensangrentado, roto y arrugado. Mi hombro izquierdo parecía estar a punto de desprenderse del resto del cuerpo y además de la náusea, el mareo y la debilidad general, presencié la bufa transformación sufrida por mi rostro. Tenía un hematoma en el cuello, al que apenas podía mover, un ojo semicerrado, y el pómulos y el extremo de la boca del lado izquierdo rotos con una larga herida que Big Jim había conseguido cerrar milagrosamente.

Abrí la puerta de mi cueva y me dirigí, directamente a la cama. Ya estaba dormido cuando caí sobre las sábanas revueltas.

CAPITULO IV

Me desperté una vez para beber un litro de agua fría y desnudarme. Fui dejando caer la ropa desde el dormitorio hasta la pequeña cocina y regresé a la cama con el mismo estilo que un mutilado de guerra. Estaba considerando cuál era la mejor posición para evitar los dolores, cuando volví a dormirme.

Me levanté lentamente, procurando no exigirle demasiado esfuerzo a mis abdominales resentidos por la golpiza. Conseguí llegar al baño y abrir la ducha. Siempre he resuelto mis peores problemas debajo del agua helada.

La tragedia fue secarme sin romperme a pedazos. Me miré en el espejo de cuerpo entero y no me sentí orgulloso en absoluto. Tenía un hematoma muy extendido en el estómago y otro en el costado, sobre las costillas que «pantalones de cuero» me había pateado.

El rostro exhibía las huellas de la paliza, pero no estaba tan mal como la noche anterior.

Me vestí sin prisas y puse alguna ropa en un bolso de lona. Luego me preparé un café bien cargado, amargo y caliente y lo bebí como un hombre, sin hacer muecas.

Cuando salí a la calle parecía un boxeador veterano que ha sufrido una golpiza a cambio de unos cuantos dólares. Saludé a Emma a través del escaparate de la cafetería y sorprendí, ¡por fin!, una expresión auténticamente sorprendida en su rostro de foca sarcástica.

El día comenzaba de un modo interesante. El calor abrasaba mis hematomas y mis huesos doloridos, pero no estaba dispuesto a perder la batalla que había decidido emprender para mi recuperación. Fui hasta el aparcamiento y busqué mi coche. Jamás lo utilizo si puedo evitarlo; en mi opinión, conducir por Manhattan es más un safari neurótico que un índice de comodidad.

Hacía más de tres semanas que no lo utilizaba, pero mi fiel Volkswagen se puso en marcha sin una sola queja. Deposité el bolso de lona en el asiento trasero y salí a la calle conduciendo con serenidad. Busqué la avenida Madison y subí por ella hasta la calle 49

Este, torcí a la derecha y entré en el puente de Queensboro para atravesar el East River, echar un vistazo a la isla Roosevelt y meterme

en Queens. Una hora y media más tarde llegaba a Long Beach, acompañado por cientos de veraneantes que buscaban algo de océano para refrescar el esqueleto.

Mi idea era olvidarme de Louise, tomar el sol, bañarme en el mar y recuperarme de la paliza. Al diablo con la peste de la ciudad, las preocupaciones y los matones de botas con punteras de metal. Sólo Frank Miller y el océano durante tres o cuatro días.

Hubo una época en que hice una gira de ocho meses por Estados Unidos con una compañía de teatro cómico. Yo tenía veinticinco años y algunas ideas equivocadas acerca de la profesión de actor, pero así y todo conseguí reunir el dinero suficiente para comprar una casa pequeña en Long Beach. Algún día me dedicaría a escribir obras de teatro que serían la delicia del público y la crítica, y para ello necesitaba un sitio adecuado. Decidí que Long Beach lo era y compré la casa. Es mi única propiedad, aparte del Volkswagen, y forma parte de mi vida futura. No puedo vivir lejos de Nueva York, pero tampoco podría

resistir la presión de Manhattan si no supiera que cuento con mi casita de Long Beach.

Detuve el coche en la entrada, junto a un bordillo más dibujado que efectivo, y crucé el pequeño jardín hasta llegar a la puerta de madera rústica. La abrí y respiré el aroma que necesitaba: madera, cuero y libros. Abrí las ventanas que daban a la playa y descubrí unos cuantos bañistas en la distancia. Me serví una copa e hice mis planes.

Durante los siguientes dos días sólo nadé, tomé el sol e hice *footing* en la madrugada.

Los dolores desaparecieron y los músculos recuperaron su buen aspecto. Me sentía muy bien y sólo pensaba en Louise como en la protagonista de una novela de marineros: ya se sabe, la muchacha del puerto lejano y destino trágico.

A la mañana del tercer día fui a comprar comestibles y cogí al pasar un par de periódicos para leer si se había estrenado algo nuevo en Broadway. Regresé a casa y preparé unas costillas en la barbacoa, mientras recibía el sol en una tumbona. Comí con buen apetito y luego me serví una porción de zumo de naranjas y me dispuse a leer los periódicos.

Fue una verdadera casualidad que diera con la noticia, porque generalmente sólo me intereso por los espectáculos, pero allí estaba.

En la sección de noticias de policía:

«Traficante de drogas es hallado muerto por una sobredosis.»

La fotografía de William Morton era bastante buena y continuaba sonriendo con el mismo desprecio por el mundo, sólo que ahora ya no pertenecía a él.

Una llamada anónima había dado parte a la policía y una comisión del distrito se presentó en el domicilio que yo conocía, echó la puerta abajo y encontró al hombre desnudo, sobre la cama y con los utensilios propios del heroinómano experimentado.

Había muerto hacia las tres de la madrugada del miércoles, es decir, el mismo día que yo había recibido la paliza.

Miré mi reloj. Eran las cuatro de la tarde y el cielo volvía a oscurecerse en el horizonte.

Un grupo de jóvenes, chicos y muchachas, jugaban al *bolley-ball* sobre la arena y parecían totalmente despreocupados.

Los muchachos tenían cuerpos magníficos y bronceados, la sonrisa fácil y todavía necesitaban crecer un poco... Las chicas, vestidas con los bikinis minúsculos y coloridos, ya habían crecido lo suficiente y sabían perfectamente qué hacer con su desarrollo físico.

Levanté mi copa de zumo y brindé por ellos. Da gusto ver a la gente joven y bella cuando todavía no ha tenido demasiado tiempo para equivocarse.

Cerré la casa y me metí en el Volkswagen. Era inútil continuar engañándome. Tenía que regresar a Nueva York y encontrar a Louise.

* * *

Los sábados, el «32» abre hacia las siete de la tarde porque las noches de los viernes son más agitadas que las demás. Buddy se encontraba reponiendo la existencia de botellas en las neveras cuando yo entré en el local. Todavía era temprano y los extractores de aire se esforzaban por quitar del ambiente los restos de la atmósfera de la madrugada.

—Hola, Buddy.

—¿Has leído los periódicos?

—Sí, ¿por qué?

—¿Qué te ocurre, patán? ¿No has leído que tu amigo Frassey ha llegado a Broadway?

—No.

—¿Te sientes bien?

—¿Has vuelto a saber algo de Louise?

—Ya veo —murmuró Buddy meneando su cabeza revestida de papiros.

—¿Ha llamado?

—No, no lo ha hecho.

—Si lo hace comunícamelo de inmediato, ¿de acuerdo?

—¿Por qué?

Lo miré incapaz de comprender a qué se refería, mi cerebro funcionaba en varias direcciones a la vez.

—No te entiendo —dije.

—¿Por qué diablos tengo que trabajar de secretario de vuesa merced?

—preguntó Buddy.

—Eres el único amigo que tengo en el Greenwich.

—¿Sólo en el Greenwich? —insistió, recuperando su ironía.

—Y también en mi duro corazón.

—¿Una copa?

—Sí, *bourbon* con hielo.

Sirvió dos buenas porciones y chocó su copa con la mía.

—Por dos viejos supervivientes, chico —dijo Buddy chasqueando la lengua.

—Por dos supervivientes, deja lo de viejos para otra ocasión.

Bebí el trago con rapidez y salí a la calle.

Pasé por mi oficina y busqué algún mensaje en el contestador

automático: «Necesito hablar contigo, pasa el lunes por la boutique.»

La voz de Marty Minoux no necesitaba presentación.

Conduje hasta el aparcamiento, dejé el Volkswagen en su plaza y caminé hasta el edificio en que vivía, a un par de manzanas. Subí las escaleras y cogí el ascensor en el primer rellano. El espejo me devolvió un rostro todavía en estado de recuperación, pero más moreno y menos desfigurado.

Entré en el apartamento mientras me quitaba la camiseta y arrojaba las zapatillas de tenis a cualquier sitio. Estaba quitándome los pantalones tejanos, cuando un tintineo de alarma me detuvo.

El apartamento en que vivo no es muy grande, un dormitorio-cuarto de estar-comedor bastante amplio, un cuarto de baño normal y una cocina pequeña. Normalmente soy bastante desordenado allí porque no tengo visitas ni necesidad de impresionar a nadie.

Pero ahora el ambiente estaba perfectamente ordenado, la cama bien hecha, el suelo limpio de polvo y los vasos sucios habían desaparecido de las mesillas de noche, el escritorio y las estanterías.

La puerta de la cocina se abrió y me encontré con la sonrisa de Louise.

Llevaba un pantalón corto de tipo bermudas, estrecho en la cintura y amplio en las rodillas, una blusa azul y sandalias blancas como el pantalón.

El cabello ondulado, ligeramente desprolijo, confería a su rostro brillante de sudor un encanto salvaje y expectante.

—¿Quieres una copa?

—*Bourbon* —replicó avanzando hacia mí.

—¿Me lo cuentas tú o me pongo pesado con mis interrogatorios?

—Tenía que verte, Frank.

Le entregué el vaso de licor y encendí un cigarrillo. Me sentía complacido por la naturalidad con que habíamos comenzado a tutearnos, por su presencia inesperada en mi tugurio y porque de algún modo recordé épocas lejanas en que la cueva estaba en orden y una mujer preparaba las comidas. Desde entonces el mundo ha cambiado muchísimo, pero todavía existe un cierto apego a las viejas

costumbres. No soy particularmente moderno y tampoco particularmente machista, pero mentiría si dijese que no me gusta ver a una mujer hermosa saliendo de la cocina con el rostro arrebolado y la mirada limpia.

Si luego se escapa para cumplir con su horario de ejecutivo o coge el maletín de médico de cabecera, me tiene sin cuidado. Me refiero solamente a ese momento puntual que Louise acababa de regalarme.

—Te busqué en el «32».

—Pensé que tal vez sería mejor vernos en tu casa.

—¿Eres experta en cerraduras?

—No, pero tampoco soy totalmente incompetente.

—Te vi la otra noche, Louise o quienquiera que seas. Vestías como una furcia, llevabas peluca rubia y abrazabas a William Morton como si de ello dependiera tu salario mensual. Le Papillon no es un buen sitio para una mujer como tú, pero confieso que te desenvolvías como si estuvieras en tu ambiente.

—¿Tienes un cigarrillo?

Saqué un pitillo de la cajetilla, lo introduje entre sus labios y le di fuego.

—Tengo hambre —dije, sonriéndole —} ¿has estado ordenando la cocina simplemente o también te has dedicado a la gastronomía?

—No sabía si regresarías o no, aunque la noticia de los periódicos sobre la muerte de Morton seguramente te daría vueltas en la cabeza. De modo que decidí venir a tu casa y aguardar tu llegada. He preparado unas chuletas de cordero con salsa mexicana.

—¿Salsa mexicana?

—Eso es.

—¿Has estado en México?

—No, pero en Maine también conocemos algo del mundo.

—Ya.

—Puedes ducharte si lo deseas —dijo entonces, observándome con

una sonrisa de picardía.

Yo estaba vestido solamente con un slip.

—Sí, lo haré.

—Y luego te miraré esos hematomas que llevas como condecoraciones. ¿Fue en Le Papillon?

—Sí.

—¿Por mi culpa?

—Es posible.

—Cuando termines de ducharte tendré la comida dispuesta. Tomaremos una copa y

hablaremos de tu segundo trabajo para mí. ¿De acuerdo?

—Pareces muy segura de ti misma, muñeca. Dime una cosa, ¿por qué has cambiado de táctica? La mujer dura, severa y fría se ha convertido en una encantadora mujercita hogareña de sonrisa franca. Piensa en ello mientras refresco la osamenta.

Me duché con rapidez y salí del baño descalzo, vestido con un bañador.

Louise me aguardaba con todo dispuesto para la gran comilona. Serví dos grandes vasos de cerveza y comenzamos a comer con buen apetito. Debo confesar que las chuletas eran una delicia y la salsa mexicana estuvo a punto de acabar con mi garganta.

Recogí los platos y preparé el café. Durante el almuerzo apenas si habíamos cruzado un par de frases, limitándonos a observarnos como dos gallos de pelea que calculan sus posibilidades antes de afilar el espolón.

—Quiero que busques a otro hombre.

—¿Qué ocurrió con Morton?

—Ya lo has leído en los periódicos, Frank. Murió por una sobredosis de heroína.

Lamentable, verdaderamente lamentable.

La observé mientras respondía y creí detectar una nota de serena satisfacción en su voz, en su mirada ligeramente ambigua, en la expresión ajena de su rostro.

—¿Qué hacías con él esa noche, Louise?

—No era yo, amigo.

—Oh, sí, eras tú, Louise.

Sonrió y el abismo que estaba separándonos desapareció como por arte de magia.

—Escúchame, Frank. Estabas preocupado por mí, yo no te di detalles y eso aumentó tu imaginación. Fuiste al tugurio y creíste verme en compañía de Morton. ¿Qué podía estar haciendo yo allí?

—Eso me gustaría saber, pequeña.

—Pequeña... —murmuró con tristeza.

—¿Por qué no me lo cuentas todo, Louise?

—Porque no es posible. Debes confiar en mí, es preciso que lo ignores y de ese modo...

—Continúa.

—Ya está bien.

—De ese modo no me veré involucrado, ¿verdad? ¿No era eso lo que ibas a decir?

—¿Quieres hacer otro trabajo para mí?

—¿Sin preguntas?

—Sin preguntas.

—¿Quién es el hombre esta vez?

—Te lo diré, Frank. Pero necesito saber ahora mismo que no te meterás en problemas.

No te he pedido nada demasiado complicado. Sólo hallar un hombre y punto final. No tienes parte en nada que me ataña y no quiero interferencias.

—¿Qué clase de interferencias?

—Sólo te pido que busques a un hombre y me entregues un informe similar al de Morton.

—Escucha, mujer loca, ya estoy comprometido. He encontrado a Morton para ti y ese mismo día lo hallan muerto por una sobredosis. ¿Crees que vivo en un país de alucinaciones?

—Lo siento, Frank. No deseaba complicarte la vida. Tal vez sería mejor que me vaya.

—Buena actriz, rasgos duros y sensibles, porte majestuoso y confianza en sí misma.

¿Cuál es la siguiente escena?

Si creía que iba a reaccionar violentamente me equivoqué de medio a medio. Sirvió una copa de *bourbon* y me la entregó.

—Acuéstate en la cama. Voy a reconocerte los golpes.

—¿Eres enfermera?

—He visto heridas, ven, acuéstate.

Obedecí.

Me estiré sobre la cama y ella comenzó a palparme los hematomas del pecho, el vientre y el costado. Tenía dedos ágiles y sabios; manos que parecían hallar justamente lo que buscaban y un tacto que amenazaba con descontrolarme.

—No hay costillas rotas, tal vez alguna fisura sin importancia. Ha sido una buena pelea,

¿verdad?

—¿A qué llamas tú una mala pelea?

Sonrió y acercó su rostro al mío para observar de cerca las heridas de la mejilla. Me dolía el pómulos y el arco superciliar, pero por lo demás estaba fascinado por su proximidad, su perfume, su...

—¿Duele aquí? —preguntó tocándome la nuca.

Sus senos, duros y grandes, libres bajo la blusa, se aplastaron sobre mi

pecho cuando inspeccionó mi cuello; su respiración llegó como un mensaje tibio a mis labios y ya no pude resistirlo.

La cogí por los cabellos, la acosté sobre mi cuerpo y la besé con fuerza en la boca. Rodé sobre ella y la estreché sobre la cama como si ese único abrazo pudiese devolverme algo de la serenidad que había perdido desde el primer día en que la viera.

Durante varios minutos luchamos en busca de la misma victoria, empeñados en soltar abruptamente una larga serie de emociones contenidas y explosivas. Fue, al menos así lo creo, una de las escenas más atrapadoras de mi vida, porque el cerebro parecía haberse licuado y todo lo que nos estaba ocurriendo tenía lugar en la superficie de la piel.

Repentinamente Louise dejó de conmovirse, de reaccionar, y yo me aparté para observarla.

Estaba prácticamente desnuda y con el cabello completamente revuelto. El rostro arrojado y húmedo, la boca entreabierta y la respiración entrecortada me entregaban un mensaje, pero la dureza repentina de su mirada pura, el frío intenso de sus pupilas, me dijo a las claras que algo había ocurrido.

Me aparté de ella y la miré mientras se levantaba y caminaba hasta la cortina. Introdujo un dedo en el orificio de bala y jugó durante algunos momentos con los rayos de luz que entraban desde la calle. No le preocupaba volver a cubrirse. Tenía el torso desnudo y se mantenía muy erguida, como si la propia pose erecta consiguiera apuntalar sus razonamientos.

Se volvió hacia mí. Su expresión era grave y su respiración se había normalizado.

—Tengo algo que hacer, Frank. Lo siento.

—¿A quién tengo que buscar esta vez?

—Su nombre es Sidney, Sidney Mills.

—¿Qué sabes de él? ¿Es un buen chico, jefe de su distrito parroquial, trabajador infatigable por los derechos de los oprimidos?

—Es un cerdo. Esta es su fotografía.

Cogí el rectángulo de cartón. La fotografía era mejor que la anterior,

tomada desde un buen ángulo, con la luz adecuada y el teleobjetivo sobre un trípode.

—Excelente instantánea —comenté.

—La hice yo misma... hace tres años.

Había algo en su voz que la delataba, una nota de dolor, de resignación y también de violencia.

Era un individuo delgado y alto. Tenía los cabellos pelirrojos muy largos, la piel cubierta de pecas, labios muy finos y unos ojos que debían ser verdes, muy claros, porque brillaban demasiado. Los labios se curvaban de un modo obsceno y revelaban una hilera de dientes muy pequeños. Vestía un pantalón tejano, botas, un jersey de cuello de cisne y llevaba una cazadora colgada del brazo. Parecía muy satisfecho de sí mismo y sonreía de ese modo perverso a alguien que estaba fuera de la imagen.

—¿Dónde lo fotografiaste?

—Sin preguntas, ¿recuerdas? —me dijo con firmeza.

—Es el último trabajo que hago para ti.

—Lo comprendo.

Recogió la blusa y se vistió sin prisas. Me dolía dejarla partir y me dolía su falta de confianza. Me dolía mi propia estupidez por dejarme atrapar por ella y maldecía mi falta de imaginación para hacerla entrar en razón.

Cogió su bolso, dejó diez billetes de cien dólares sobre la mesa y me miró como si pidiera disculpas.

—Me pondré en contacto contigo en dos o tres días, Frank.

—Magnífico.

—Sólo dónde puedo ubicarlo, Frank. Nada más —dijo ya junto a la puerta.

—Escucha, Louise, o como quiera que te llames, ¡maldita sea!, no mezcles a Buddy en todo esto. Tienes el número de mi oficina y ya sabes cómo entrar aquí.

—¿Le ha ocurrido algo a Buddy?

—No, pero tiene su propio negocio, no es mi secretario particular encargado de atender a las morochas veleidosas y enigmáticas.

—Está bien —aseguró, abrió la puerta y durante un segundo permaneció indecisa.

Luego cerró y escuché su taconeo en el pasillo exterior.

Cada parte de mi cuerpo era un territorio conquistado por sus dedos, por la franqueza de sus manos y el tibio mensaje de su aliento. Pero no hubo culminación, ella no pudo permitírselo, llegó casi a perder el control pero súbitamente detuvo su engranaje instintivo y lo subordinó al frío plan que rondaba su cabeza.

Si me quedaba allí, acostado y pensando en mis frustraciones, todo lo que conseguiría era un estupendo dolor de azotea, de modo que volví a ducharme, me vestí y salí a la calle.

CAPITULO V

Detrás de la fotografía con una letra de difícil comprensión, Louise había anotado las señas de Mills: treinta y cinco años, vinculado a la prostitución y encargado de echar el anzuelo a las nuevas víctimas para algunos peces menores que pagaban su contribución a la Organización. Según la fecha que constaba en la fotografía, Mills y Morton debieron llegar a Nueva York en la misma época.

Durante todo el domingo estuve buscando un contacto para averiguar algo relacionado con la trata de blancas. Los tipos que yo conocía no estaban dispuestos a hablar contra alguno de los pichones de la Organización y yo no tenía el menor interés en que firmaran su propia sentencia de muerte.

Llamé a Marty Minoux a su teléfono particular pero nadie levantó el auricular. Almorcé en un *drugstore* y antes de regresar a casa compré varios periódicos.

La fotografía de Morton había pasado a la penúltima página y, según el resultado de la autopsia, la muerte se había debido efectivamente a un exceso de heroína; sin embargo, resultaba sorprendente en alguien como el occiso que *jamás había probado la droga*. Los análisis demostraban que Morton no era un adicto.

El inspector que llevaba la investigación del misterioso suicidio era un hombre de mediana edad y pocas pulgas llamado Mellany. No tenía ninguna posibilidad de saber alguna cosa por su intermedio, ya que nos odiábamos cordialmente desde hacía un par de años.

Bebí un par de copas y me acosté a dormir. El día siguiente sería más duro de lo que yo podía prever.

A las ocho, el despertador estalló junto a mi oreja y salté de la cama como suelo hacerlo en las dos o tres ocasiones semestrales en que madrugar ayuda a mi negocio. A las nueve estaba plantado ante la *boutique* de Marty Minoux. Lo vi llegar andando desde la esquina. Siempre dejaba su coche en un aparcamiento de las proximidades y caminaba las dos o tres manzanas hasta su bienamada tienda de artículos sofisticados para personas sofisticadas, según su criterio de lo que debía ser alguien sofisticado.

Marty caminaba muy erguido, moviendo apenas las caderas, y enfundado en un traje de hilo color amarillo, sobre una camiseta a

rayas horizontales amarillas y blancas, zapatos verdes y un pañuelo de punto del mismo color que los zapatos que sobresalían por encima del bolsillo superior de la chaqueta. Su cabello aplastado por la laca brillante refulgía al sol como si fuese un espejo natural. Pude observarlo mientras se aproximaba y noté un gesto preocupado en su rostro agraciado.

—Hola, Pierino.

—¡Encantado de verte, Frankie! Puedes creerme, estoy muy asustado. Después de lo de Morton hemos recibido algunas amenazas.

—¿Amenazas?

—Verás, es que yo... Bueno, hablé con un amigo en una fiesta y le pregunté si Morton todavía frecuentaba el tugurio de la calle Ciento diez. El me dijo que creía que sí, pero que podía averiguarlo. Sé que fue una estupidez, Frankie, pero estaba un poco colocado y alegre como una burbuja.

—Estás perdiendo los reflejos, Pierino —dije resignado.

—Deja que te cuente todo, Frankie, necesito que me des un buen consejo.

Le temblaba el labio inferior, y su cuerpo delgado y embutido en el traje de hilo amarillo parecía a punto de echar a volar.

—Verás, bebimos, bailamos y fumamos durante horas y al fin volvió mi amigo acompañado por un hombre que miraba con desdén y parecía muy irritado. Me preguntó para qué deseaba saber dónde se hallaba Morton y yo le dije que estaba por organizar una fiesta y quería provisiones. Le guiñé un ojo, pero el tipo me dio una bofetada y...

Creí que iba a ponerse a llorar, de modo que cogí la llave de la tienda de entre sus dedos y abrí la reja de hierro y luego la puerta. Entramos en la *boutique* y Pierino fue en seguida a su trastienda de cuento de hadas.

—¿Le dijiste que yo te lo había preguntado?

—No, pero tuve que reconocer que no era yo solamente el que sabía de las actividades de Morton y que si pensaba que estaba desprotegido se equivocaba. No lo impresioné, pero en aquel momento ese monstruo parecía dispuesto a destrozarme la cara.

¿Comprendes, Frankie?

—Claro que sí.

—¿Qué puedo hacer ahora?

—Bajar la reja y largarte durante un par de meses, hasta que todo se calme.

—Pero mi *boutique*...

—Tú mismo, Marty.

—Está bien, tengo que arreglar algunas cosas y luego me marcharé, iré a pasar dos meses al norte, lejos de este calor inmundito que te deja hecho una peste.

—No pierdas el tiempo, chico. No creo que Morton se haya suicidado.

—¿Asesinado?

—Eso es —asentí.

—¡Por todos los cielos, eso es terrible!

Un timbrazo acabó con el incipiente ataque histérico de Pierino que, inmediatamente, comenzó a arreglarse la ropa delante de un espejo.

—Espérame aquí, Frankie. Prefiero que no te vean mis clientes o pensarían lo peor...

Encendí un cigarrillo y eché un vistazo a mi alrededor. El grito de Pierino terminó abruptamente con un sonido de vidrios y ruidos de forcejeos.

Abí sigilosamente la cortina y vi a «pantalones de cuero» y otro de los que habían estado la noche de la paliza en el hotel-prostíbulo. El matón sostenía a Pierino por el cuello y lo abofeteaba brutalmente. El rostro del muchacho giraba hacia uno y otro lado con una violencia que podía costarle la vida.

El otro tipo se dedicaba a destrozar con una navaja las ropas y trapos que servían para decorar la ambigüedad de los amiguetes de Pierino.

Busqué a mi alrededor y encontré un cenicero de pie, de un metro de altura y con una base de bronce. Lo así con complacencia y aparté las cortinas de golpe.

«Pantalones de cuero» recibió un mazazo en la cabeza, soltó a Marty y retrocedió con el rostro bañado en sangre. Yo me volví y aticé al otro en plena cara. Debo haberle quebrado las mandíbulas porque el sonido que brotó de los huesos fue más que desagradable.

—¿Estás bien, Marty?

—Yo... —comenzó a decir, con el rostro color violeta y unas manchas blanquecinas alrededor de los párpados hinchados.

—Esta vez han ido demasiado lejos, amigo —dije a Pierino y me volví hacia los dos gigantones.

—No te muevas, maricón —dijo «pantalones de cuero» sosteniendo una automática en la diestra.

Era una pistola calibre 45, de modo que obedecí inmediatamente.

—Te acordarás de Jake Murlom toda tu corta vida —me escupió el matón.

—Creí que te decían bestia, animal o culito tieso, pero nunca imaginé que llevabas un nombre de ser humano —le dije, y comprendí que había ido demasiado lejos.

El dedo se curvó sobre el disparador y el otro bravucón, con el rostro hecho una pulpa, sonrió igual que una hiena rabiosa ante un festín sencillo.

—¡No! —gritó Pierino recuperándose y dando un paso hacia nosotros.

—¡Quédate quieto, Marty! —ordené estirando un brazo para detenerlo.

—Demasiado tarde, compañero —rió Jake y moviendo ligeramente la pistola disparó dos veces sobre Pierino.

La sorpresa y la furia me asaltaron antes de que el sonido de los cañonazos se hubiese disipado y salté sobre Jake blandiendo el cenicero de pie. Le quebré la muñeca que sostenía la pistola con el primer golpe y una clavícula con el segundo.

Recogí la pistola y encañoné al segundo tipo.

—Por favor —dije suplicante—, todo lo que deseo es que hagas un movimiento, uno solo y te volaré la jeta.

Retrocedí hasta donde se hallaba el cuerpo de Marty. Tenía los ojos muy abiertos, absolutamente sorprendidos. Se sujetaba el estómago con las dos manos, pero no pudo impedir que los orificios de los dos cañonazos que le destrozaron los intestinos dejaran escapar sus vísceras.

Estaba muerto y su rostro maquillado y su atavío agregaban una nota de absurda decoración a su absurdo asesinato.

—Bien, ahora llamaremos a la policía —dije, acercándome a Murlom y al otro.

Murlom sonrió altivamente y escupió por la comisura de la boca.

—¿Qué crees que me harán por liquidar a la princesita turca? —dijo despectivamente, echando una mirada de repugnancia a Marty Minoux.

Di un paso hacia él y lo golpeé brutalmente con el cenicero en la muñeca rota. Lanzó un alarido y comenzó a sudar copiosamente.

El otro tipejo nos miraba con cierta turbación. Le había prometido un trabajo fácil y las cosas se estaban poniendo feas. Adiviné su intención de largarse dos segundos antes de que la llevara a la práctica, por lo que le regalé un garrotazo en la sien que lo dejó fuera de combate.

Me arrodillé junto a Jake Murlom.

—Voy a hacerte una sola pregunta, chacal y tú la responderás.

Me miró fijamente, con un odio feroz, pero no replicó.

—¿Dónde puedo hallar a Sidney Mills?

Su mirada se hizo turbia y entrecerró los párpados.

—¿Quién es Mills? —preguntó.

Apoyé el pie del cenicero sobre la muñeca destrozada y me apoyé en él. Murlom lanzó un aullido terrible, pero yo no aflojé la presión.

—¿Te gusta jugar, capullo? Voy a romperte entero antes de llamar a la policía. Has liquidado a un hombre desarmado y a sangre fría, estás con la soga al cuello. Dime otra vez que no sabes quién es Mills y te romperé los huesos.

—¡Es la verdad, no conozco a ningún Mills! —gritó.

Le golpeé en la rodilla derecha y se la hice añicos.

Su rostro perdió el poco color que le quedaba y se tiñó de gris, parecía un cadáver haciendo fuerza para vomitar.

—¿Sidney Mills? —pregunté con una sonrisa encantadora.

—En Princeton, opera cerca de la universidad. Hay un edificio de tiendas para estudiantes. Mills tiene un local allí, una casa de regalos.

—¿Dónde vive Mills?

—No lo sé —dijo Jake, y de pronto comprendió que yo no le creería y comenzó a sollozar—: ¡Por favor, no lo sé, es cierto, no lo sé!

Telefoné a la policía y di la dirección de la *boutique*. Llegaron quince minutos después y entraron al local con las armas en la mano.

—No hay nada que temer, inspector —dije a Mellany cuando divisé su testuz enorme y sombrío.

—¿Qué ha ocurrido aquí, Miller?

Le expliqué pacientemente lo ocurrido. Sólo que no mencioné el motivo de mi visita a Marty. Les dije solamente que éramos amigos desde hacía años y que los dos matones habían entrado a golpearlo mientras yo me encontraba en la tienda. Tuve que golpearlos varias veces y uno de ellos, llamado Jake Murlom, disparó contra Marty a sangre fría, de modo que tuve que continuar golpeándolos hasta coger la pistola.

Entregué el arma al inspector y encendí un cigarrillo.

—Una historia muy extraña, Miller. Incluso para un tipo como usted.

—¿Qué quiere decir, inspector?

—Que no quiero que se escape de Nueva York mientras yo me ocupo de interrogar a los dos sospechosos, ¿de acuerdo?

—¿Es una orden?

—Si lo prefiere, sí, es una orden.

Una ambulancia aparcó delante de la *boutique* y dos enfermeros entraron con una camilla. Se llevaron primero al matón desmayado y luego regresaron por Jake.

Cuando lo subieron a la camilla, Jake arrebató el arma de uno de los policías que contemplaba el cuerpo destrozado de Marty y sujetó a uno de los enfermeros por el cuello.

—¡Bien, ahora voy a largarme de aquí! —dijo encañonando a Mellany.

—Suelta el arma y no digas estupideces —lo regañó el inspector—, ¿Adónde crees que llegarás en ese estado?

—Más lejos que si me dejo llevar a la cárcel —replicó Jake con una sonrisa que acabó en una tos desagradable.

Me acerqué sigilosamente al inspector y rocé la mano que sostenía la pistola del 45. La

luz que entraba por los escaparates daba de lleno en el rostro de Jake y yo sabía que nosotros éramos sombras, contornos, en el linde de la luz.

—Tú vienes conmigo, perro —me dijo apuntándome al pecho.

—¿Otro crimen, Murlom? —lo desafié insistiendo para que el inspector me entregara el arma sin hacer movimientos innecesarios. No me cabía la menor duda de que Jake iba a dejarme un par de plomos de regalo antes de intentar la fuga. No tenía nada que perder, lo colgarían igual por uno o por dos asesinatos.

El inspector movió la mano y yo cogí la pistola.

—¿Para qué quieres al señor Miller, muchacho? —preguntó el inspector.

—Su señor Miller es basura y tengo una cuenta pendiente. Vamos, basura, acércate.

Di un paso hacia él y el inspector intentó sacar su revólver. El disparo de Jake le perforó un hombro y lo lanzó contra un ropero lleno de prendas de color fucsia.

Yo levanté mi brazo, apunté brevemente y apreté el gatillo. Lo alcancé en la garganta y la fuerza del impacto lo levantó del suelo en medio de un estallido de sangre y lo proyectó fuera del local a través del escaparate.

Me incliné sobre el inspector Mellany.

—Lo siento, no me gusta dispararle a la gente —dije con franqueza.

—Ese tipo lo odiaba, Miller. ¿Qué fue lo que le hizo?

—¿Qué haría usted a un tipo que liquida a uno de sus amigos a sangre fría?

—¡Maldita sea, Miller! —gritó de pronto y luego, en voz más forzada añadió—: ¿Dónde están los camilleros?

Los dos policías, que habían permanecido expectantes durante todo el episodio, guardaron sus armas en las pistoleras y se inclinaron sobre el inspector.

—Descuide, Mellany, no me iré a ningún sitio sin enviarle flores al hospital —dije y me dirigí a la puerta de la *boutique*.

—Ha sido en defensa propia, Miller, pero no se confíe tanto a su buena suerte. ¿De acuerdo?

—Rezaré por usted, señor.

Salí a la calle repleta de curiosos y eché un vistazo al cuerpo ensangrentado de Jake Murlom sobre la acera. Un policía lo cubrió con una lona y me dedicó una mirada solemne.

Me alejé pensando en la corta vida de Marty Minoux y en la forma estúpida y salvaje de morir. De algún modo yo era responsable de su muerte, porque le había preguntado acerca de Morton. Pero él había cometido la equivocación de comentarlo, de lo contrario nada hubiese ocurrido.

Cogí un taxi hasta mi apartamento, busqué el revólver y la pistolera y me cambié de atavío. Camisa deportiva, pantalones blancos, mocasines del mismo color y una cazadora liviana, en plan estudiante en época de vacaciones. Mi guardarropa era bastante exiguo, sobre todo durante el verano, cuando es necesario cambiarse varias veces al día.

Busqué el Volkswagen y me dirigí hacia el sur en busca del área caracterizada por la Universidad de Princeton, al este del estado de Nueva Jersey. Me alejé de Manhattan por el Lincoln Tunnel y seguí hacia el sur por la New Jersey Turnpike, hasta la salida número nueve. Allí me detuve para beber una cerveza y fumar un pitillo, mientras el sol comenzaba a declinar. Cuando llegué a la pequeña villa residencial cuyo centro pro-

piamente dicho está compuesto por la universidad, eran ya las siete de

la tarde.

No me costó trabajo dar con el edificio comercial donde el amigo Sidney Mills tenía su tienda de regalos.

Supuse que ya estaría cerrada o, tal vez, que no abriría durante los meses de más calor y ausencia de estudiantes. Pero me equivoqué. El local se hallaba en el recodo de la galería interior de la planta baja del edificio y tenía más de doscientos metros cuadrados de superficie, contando un pequeño entresuelo.

Había dos hombres en el interior, muy elegantes, conversando amigablemente. Uno de ellos saludó al otro y se dirigió a la puerta de salida. Pasó a mi lado dejando una estela de loción para después del rasurado y una vaga atmósfera de prosperidad añeja.

Dentro del local, distribuidos con un desorden muy cuidado, había una gran variedad de objetos de todos los tamaños y precios, que sólo tenían en común su buen gusto.

Me extrañó sobremanera que un tipejo de la calaña de Sidney Mills tuviera una pantalla de tanta categoría. Normalmente esos bastardos corruptores se conforman con un pub o una cafetería, pero no nuestro amigo

Mills, él necesitaba una casa de regalos pomposa y cara en el corazón de la ciudad universitaria.

El hombre que había quedado dentro del local se acercó a la puerta y la abrió.

Nos miramos durante algunos instantes. Era más o menos de mi edad, unos cuarenta, tal vez un poco más, pero había perdido la línea hacía bastante tiempo, merced a la buena comida y el buen vino. Los labios gruesos y carnosos eran más lascivos que las bragas de Salomé y una película de sudor cubría su rostro regordete.

—Ya hemos cerrado, señor, pero si necesita alguna cosa con urgencia...

—No, gracias. Sólo miraba los escaparates. Tienen ustedes algunos objetos realmente maravillosos.

—Es cierto —replicó el tipejo con sus ojillos brillantes.

—Supongo que es usted el dueño, ¿verdad?

—Oh, no, sólo el gerente. Pero el señor Mills no tardará en llegar. ¿Tal vez desee usted tratar algún negocio con él?

Su pregunta no era casual, ni tampoco se refería especialmente a los regalos que lucía la tienda. Estaba procurando sonsacarme y no lo hacía del todo mal. Sólo que no esperaba nada tan directo.

—No, en absoluto. Tal vez regrese por la mañana y eche un vistazo a sus maravillas.

—Estupendo, señor...

—Carmody, Fletcher Carmody —dije con una sonrisa tan artificial como la del gordito—

, decorador de interiores.

—Será un placer tratar con usted, señor Carmody.

Me alejaba por una de las galerías del edificio cuando un hombre alto y delgado entró desde la calle. El cabello pelirrojo ya no estaba tan largo como en la fotografía, sino perfectamente cortado a la navaja. Vestía con un traje color verde pálido de hilo, camisa al tono con el cuello abierto y zapatos de lona color natural. Los ojillos mezquinos y la boca de labios como cicatrices, no obstante, continuaban tan crueles como los que yo llevaba dentro de mi cazadora.

—Buenas noches, señor —dije cortésmente cuando pasó a mi lado.

—Nochesssss... —replicó Mills con un siseo.

Salí a la calle y crucé a la acera de enfrente. A veinte metros de distancia había un hotel muy respetable que ostentaba el pomposo nombre de Luis XIV. Alquilé una habitación con ventanas a la calle, pagué tres días por adelantado y me aposté junto al cristal para vigilar el sitio por el que Sidney Mills había entrado al edificio comercial.

Esa noche, y las dos siguientes, salió a las diez en punto, subió a un deportivo MG color limón y se marchó a velocidad regular. La segunda noche lo seguí hasta un restaurante en las afueras. Comió con una mujer atractiva, sonrieron mucho y luego pasaron dos horas en un motel próximo. Mills regresó a la ciudad y durmió en un apartamento con servicio de hotelería a tres manzanas del Luis XIV.

La tercera noche fue hasta una discoteca estudiantil, donde lo recibieron como a un mariscal victorioso y simpático que acaba de

salvar a la nación de la peste negra.

Todos lo palmeaban y sonreían. Las chicas más jóvenes se frotaban contra él y las más maduras procuraban atraer su atención de un modo más sutil.

Mills se llevó a una muchachita encantadora, alta y muy bien formada con la que entró en un edificio de varios pisos. Dos horas más tarde salió solo y fue directamente a su apartamento.

Consideré que era un hombre de vida metódica y decidí que era suficiente. De todos modos decidí confirmarlo y entré en el edificio de Mills. Un conserje muy elegante y de porte militar me recibió envarado como un granadero colonial.

—Buenas noches, amigo —dije con aire mundano—. ¿Es cierto que se desocupa un apartamento esta noche?

—No, señor. Estamos completos.

—Sí, lo sé. Pero tengo entendido que el caballero alto que entró antes que yo desea marcharse. Es posible que esté confundido pero...

—¿El señor Mills? Imposible. Está con nosotros desde hace tres años.

—Bien, lo siento. Hablé con el gerente de su casa de regalos y me pareció entender que estaba a punto de mudarse. Debo haber comprendido mal, lo siento otra vez.

—No tiene por qué, señor. Regrese a fines de setiembre, entonces tal vez podamos ofrecerle un sitio.

—Gracias, tendré en cuenta su oferta. Buenas noches.

Regresé al Luis XIV, pague mi cuenta y fui en busca del Volkswagen. Media hora más tarde disfrutaba del cálido aire nocturno mientras corría de vuelta hacia Manhattan.

Eran más de las tres cuando aparqué el automóvil, y las tres y media cuando me metí en la cama. Puse el despertador para las nueve de la mañana y bebí un trago de *bourbon*.

Ya no me sentía ansioso por ver a Louise. Ahora había tomado una decisión y no me importaba demasiado dónde terminaría todo, sólo deseaba averiguar qué era lo que se me escapaba de las manos.

Descolgué el auricular y llamé a la jefatura. El inspector Mellany se

encontraba muy bien, pero no podría regresar al trabajo hasta dentro de un mes, tal vez dos.

A las nueve salté de la cama, me duché y me vestí. Salí a la calle y compré los periódicos. El asesinato de Pierino Bardoni, alias Marty Minoux, era sólo una esquela en la última página. Yo no había sido mencionado para nada y supuse que era un favor de Mellany.

Crucé la calle y entré en el bar de Emma.

—Como sigas llevando una vida tan peligrosa, tendré que servirte zumo de antibióticos y pastel de jalea real —dijo Emma con su gran rostro más serio que de costumbre y sin ningún sarcasmo.

—¿Es posible que después de venir aquí durante años haya conseguido que te preocupes por mí? —pregunté, impostando la voz.

—No tienes corazón, Miller. Lo siento por ella.

—¿Quién es ella?

—Está allí, en la mesa junto al teléfono.

CAPITULO VI

—Hola, Frank.

—Louise...

—¿Cómo te ha ido con la investigación?

—Bien. Tengo el informe.

Encendió un cigarrillo y sonrió. Parecía nerviosa, pero conseguía controlarse.

—¿Ha sido suficiente el dinero que te di?

—Sí, tres días más gastos. Mil dólares.

Los dos sabíamos que la conversación corría por raíles forzados; había una barrera que nos impedía ser absolutamente francos.

—¿Quieres escuchar una historia triste? —pregunté.

—Ya conozco todas las historias tristes que necesito.

—No, ésta no la conoces. El amigo que me puso en contacto con Morton cometió un error. Hace tres días le reventaron el estómago con dos disparos del calibre 45. Yo estaba allí y no me gustó en absoluto.

—Frank...

—Déjame continuar.

—Está bien, adelante —dijo, bajando la mirada y apretando la mandíbula.

—Ignoro por qué quieres conocer el paradero de Mills, pero debo decirte algo: Mills no es un imbécil como Morton, un pez chico. Tiene un negocio próspero y caro, es muy conocido y opera como un duque.

—Conozco su estilo.

—Ya no es el hippy de la fotografía, es un personaje elegante y respetado.

—Lo sé.

—Es la última vez que te lo pregunto, Louise. ¿Qué es lo que buscas?

Me miró como si se sintiera agradecida por poder responder, y entonces, con un tono profundo, replicó:

—Justicia.

—Entiendo. Bien, si no hay nada más que necesites de mí, aquí está el informe. Te diré una cosa, muchacha. Lamento haberte conocido en estas circunstancias porque me gustas, eres especial para mí; sin embargo, te has ocultado en una especie de concha hermética que no sirve para protegerte sino para aislarte. Que tengas suerte, Louise.

—Gracias, Frank.

—No te levantes, yo pagaré la consumición.

—Frank...

—Dime.

—Tal vez... cuando todo esto termine, entonces...

Sabía lo que quería decir, pero no se preocupó por buscar las palabras justas. Se había prometido algo y había luchado durante mucho tiempo para cumplir su promesa. Ahora estaba en camino y todo lo demás era secundario.

—Lo dudo mucho, cariño, aunque la idea me resulte estimulante —le dije, mientras iba hasta la barra.

—Esa niña tiene problemas —me dijo Emma.

—Lo sé, Emma. Necesito tu ayuda.

—Vaya, vaya, el supervecino reclama los servicios de la camarera gorda.

—Puede ser algo muy serio. Escucha, ¿crees que podrás retenerla durante cinco o diez minutos? Yo iré a buscar mi coche y a cambiar un poco mi aspecto. Creo que está metida en algo peligroso y temo que le suceda algo desagradable.

Emma miró de reojo a Louise y su expresión sarcástica desapareció ante una de auténtica preocupación.

—¿Pueden matarla?

—No lo sé, pero está metida con gente que tiene un prontuario policial capaz de avergonzar al marqués de Sade.

—No me hables en difícil, chico. ¿Qué quieres que haga?

—Lo que sea, pero procura que no se vaya hasta que veas que aparco el Volkswagen allí, junto al callejón. ¿Puedes hacerlo?

—Claro que sí. Lárgate, bribón.

Dejé un billete sobre la barra y salí del local. Louise continuaba fumando, envarada y triste.

De mis épocas de actor ambulante conservo un maletín de maquillaje y algunos atavíos que me traían excelentes recuerdos. En muchos de mis casos, mi relativo éxito se ha debido al modo en que he procurado pasar desapercibido. Trabajo solo y, por tanto, no puedo seguir a alguien durante meses sin que termine por reconocermme. De modo que apelo a aquellos viejos trucos de maquillaje para variar mi aspecto de un modo sencillo pero suficiente para mis propósitos.

Llegué al aparcamiento y saqué el maletín del maletero. Me quité la chaqueta, la corbata y despeiné mi cabello rebelde y oscuro antes de embutirlo en una gorra liviana color azul. Un pañuelo en el cuello y un bigote bien recortado hacen milagros. Luego, unas gafas oscuras, y puse en marcha progre en busca de un futuro deslumbrante. Quité la capota del Volkswagen antes de aparcar junto al callejón y miré hacia la cafetería de Emma.

Estaba sentada en la mesa de Louise y parecían muy animadas con la conversación que mantenían. Por fin, Emma me vio y se puso de pie. Estiró la mano a Louise y me hizo un gesto cómplice levantando el pulgar.

Encendí un cigarrillo. Louise salió de la cafetería y llamó un taxi. La seguí hasta el Battery Park y allí descendió del coche de alquiler y caminó un par de manzanas antes de detenerse junto a un Chevy. Puso el motor en marcha y se apartó del bordillo lentamente para incorporarse al tránsito creciente de la mañana.

Sabía exactamente adónde iba, de modo que permití que tras o cuatro coches se interpusieran entre nosotros. Llegamos a Princeton a la hora de almorzar. Louise aparcó el coche en las afueras y llamó un taxi.

Aguardé a que se hubiese alejad y entonces descendí del Volkswagen y me acerqué al Chevy. Era un modelo nuevo con matrícula de Maine.

Tuve que reconocer que el olfato de Buddy era mejor que el mío. Extraje un pequeño estuche del bolsillo y busqué un par de instrumentos. Sólo necesité un minuto para abrir la cerradura y sentarme detrás del volante.

No hallé ningún documento a la vista, de modo que tuve que repetir la operación con la cerradura de la caja del salpicadero. Y allí encontré varias cosas. Planos de carreteras y de la ciudad de Nueva York, una caja de jeringas descartables, una linterna pequeña y la tarjeta de identificación del coche. Estaba a nombre de Lanna Khinsight, con domicilio en la calle Brust s/n, de Maine, médico de profesión, nacida el 26 de noviembre de 1946. Tal como había supuesto, tenía treinta y cinco años, juveniles y atractivos.

Anoté su número de teléfono y también el número de la extensión que le correspondía en el Grand Hospital de Maine, donde realizaba su actividad profesional.

Me sentí mejor. Devolví todos los documentos y planos a la caja y la cerré. Bajé del Chevy y aseguré la puerta.

Cogí el bolso de lona que llevaba en el Volkswagen, puse dentro de él la pistolera con el

«Smith & Wesson» y el maletín de maquillaje, cerré la portezuela y llamé un taxi.

Me hice conducir hasta el hotel Luis XIV. El sujeto que me atendió era alguien que yo no había visto, aunque dudaba que me reconociera con mi nuevo aspecto. Conseguí la misma habitación del primer piso frente a la entrada del edificio comercial y me aposté provisto de unos binoculares para vigilar a la doctora Lanna Khinsight.

Vi salir a Mills hacia las dos de la tarde y dirigirse andando hasta su edificio de apartamentos. Lanna lo siguió de un modo muy profesional, cruzando de acera y sin mirarlo una sola vez. Cuando se perdieron de vista, decidí hacer algunas averiguaciones por mi cuenta. Llamé por teléfono a Spider, periodista del *Week End* de Nueva York y viejo camarada de tablas. No estaba en la redacción, pero una voz de mujer me aseguró que estaría de regreso en una hora.

Abandoné la habitación y fui a comer algo a un restaurante que ya había utilizado en mi anterior excursión a Princeton. Exactamente una hora más tarde escuchaba la voz nasal y alegre de Spider en el auricular. —¿Quién es esta vez, truhán?

—Lanna Khinsight, médico, nacida en noviembre del 46 contratada por el Grand Hospital de Maine.

—¿Todo?

—Si es posible, me gustaría saber todo lo que haya sobre ella. Ah, Spider, ya sabes...

—Claro que sí, es confidencial, primor, pero no por ti, sino por mí. Me echarían del *Week End* con una patada en mi sacrificado culo si supieran que mi mayor actividad laboral se desarrolla cuando tú necesitas información.

—Gracias, Spider.

—Tal vez puedas devolverme el favor, Frank.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Tienes todavía la casita en Long Beach?

—Desde luego.

—Bien, ¿crees que podré utilizarla durante un par de días?

—¿Cuándo?

—Ya te avisaré.

—De acuerdo, es un trato amigo, pero nada de escándalos allí, es mi refugio.

—¿Tengo yo aspecto de admirador de las orgías estivales? —bromeó Spider.

—¿Cuándo sabrás algo de lo mío?

—Llámame en un par de horas.

—Así lo haré.

Me hice subir un par de cervezas a la habitación y observé la entrada del edificio. Cinco minutos más tarde vi a Lanna detenerse en la esquina y entrar al mismo restaurante en que yo había estado.

Levanté el auricular y llamé a Spider.

—¿Cómo ha ido, compañero?

—Lanna Khinsight estuvo metida en un caso que dio mucho que hablar hace cuatro años. Algo feo, muchacho, muy feo.

—Cuéntame.

—¿Dónde estás?

—En Princeton.

—Entonces llégate hasta la hemeroteca de la biblioteca universitaria y busca los periódicos de Maine correspondientes a las dos últimas semanas del mes de enero de 1978.

—Lo haré, pero dime antes lo que sepas.

—Lanna tenía una hija, Alice, de quince años. Una chiquilla preciosa. Un día desapareció del colegio para regresar tres días después. Ya era una adicta y se negó a revelar dónde había estado. Durante seis meses Lanna y su marido, que también era médico, procuraron controlar la adicción de la muchachita. Pero no les resultó. Alice estaba atrapada por una banda que operaba en el propio colegio. Desapareció un par de veces más y luego una tercera. Cuando regresó a casa estaba hecha polvo, y durante una conversación con sus padres, bajo el efecto de la droga, les contó que la habían prostituido, obligándola a hacer cosas horribles con hombres que ella no conocía, y que... En fin, Frank, ya conoces el paño.

—Sí, lo conozco.

—La niña decidió por fin hablar con las autoridades alentada por los padres y así le hizo. A cambio de ello, Lanna y Burt, sus padres, estaban autorizados a suministrarle la droga necesaria para evitar el *shock* de abstinencia.

—¿A quién acusó la niña?

—A dos tipos fundamentalmente.

—¿William Morton y Sidney Mills?

—Exacto.

—Continúa, Spider.

—Bien, antes del juicio el padre de la niña fue atropellado por un

camión que se dio a la fuga. Murió en el acto, frente a las mismas puertas del Grand Hospital.

—¿Qué crees?

—Lo mismo que tú, Frank.

—¿Qué ocurrió con el juicio?

—Ese fue otro drama, amigo. Lanna sufrió una pequeña crisis cuando su marido fue muerto de aquel modo y durante dos o tres días permaneció sedada en el hospital.

Cuando se repuso y preguntó por su hija, la niña había desaparecido. Apareció dos días más tarde, en una habitación de motel, desnuda y apaleada, aunque la muerte le sobrevino por una sobredosis. Una historia triste, pero hay miles que esperan a ser publicadas.

—¿Qué ocurrió luego?

—La muchachita, Alice, había hablado con el fiscal, pero murió antes de declarar ante el jurado. El juicio fue suspendido por falta de pruebas y los dos acusados, Morton y Mills, puestos en libertad. Sin embargo, ya no era posible que continuaran en la misma zona de operaciones. Cualquier error que hiciera aparecer nuevamente sus nombres no sería oportuno para la red de traficantes, de modo que abandonaron Maine.

—¿Eso es todo?

—Todo.

—¿Algo más de Lanna Khinsight?

—No. Continúa trabajando en su puesto y ha sido ascendida en los últimos tres años por su total dedicación al trabajo. Supongo que habrá sublimado su dolor por la tragedia ocupándose *full-time* de su profesión.

—Sí, es posible. Gracias, Spider, y cuenta con mi caverna para tus ilegalidades.

—Nos veremos, Miller.

Corté la comunicación y encendí un cigarrillo. En mi reloj de pulsera comprobé que eran más de las cinco. Todavía tenía tiempo de llegarme hasta la biblioteca de la universidad y echar un vistazo a los

periódicos de Maine. En realidad, no sabía exactamente qué era lo que podía añadir a mi historia. Estaba claro que Lanna Khinsight era una mujer valiente, decidida a actuar por su cuenta y con la serenidad suficiente como para aguardar con paciencia hasta que el momento fuera el propicio.

Se necesita una enorme fuerza interior para morderse la furia y la impotencia, y elaborar un plan meticuloso para eliminar a dos fieras corruptas como Morton y Mills.

A mi modo de ver, era una locura. La Organización se pondría en marcha para averiguar qué estaba ocurriendo con sus segundones. No parecía probable que se tomaran el trabajo de organizar una pantalla lujosa como la tienda de regalos de Princeton para permitir que sus hombres desaparecieran sospechosamente.

Salí del hotel y me dirigí andando hasta la biblioteca. Al pasar junto al escaparate del restaurante observé que Lanna estaba atenta a la salida del edificio comercial. Sabía que Mills no abandonaba el local hasta las diez de la noche y que no sería hasta entonces que su perseguidora iniciaría su acción.

Me quedé en la biblioteca hasta que cerró, a las siete y media. En las pantallas de video observé los microfilms de todos los periódicos correspondientes a las dos semanas trágicas de Maine. La pequeña Alice era muy parecida a su madre y estaba demasiado desarrollada para su edad. Había una foto de la niña muerta, cubierta apenas por una sábana sucia en la habitación del motel y que daba ganas de vomitar. Los periódicos sensacionalistas cayeron sobre la historia como buitres ávidos de sangre y carroña.

Burt Sevarian, el marido de Lanna y padre de la niña, tenía aspecto de hombre bueno.

De mediana altura, gafas de aumento y un cuerpo delgado envuelto en un traje de *tweed*, parecía un profesor de lengua inglesa y no un cirujano general.

Los artículos que leí detenidamente no hicieron más que confirmarme en la idea de que Lanna estaba haciendo lo que creía su deber: vengar la muerte de los suyos ante la inoperancia de la justicia.

Yo no podía culparla.

Las notas de los periódicos hablaban de cosas tales como «familia feliz y unida», «niña

brillante», «padres estupendos», y frases cortas que describían una atmósfera familiar magnífica interrumpida por la hecatombe de la tragedia. Yo conocía lo suficiente de ese submundo creado por el vicio en las ciudades y que se extiende cada vez más gracias a un sistema que no funciona, y a un ejército de parásitos sin escrúpulos que buscan ampliar el mercado de la droga y la prostitución, involucrando niños cada vez más pequeños.

Salí de la biblioteca de la universidad con la sensación de que todo ese mundo brillante y limpio que caracterizaba a Princeton no era más que el rostro lavado de una sociedad cubierta de llagas más o menos purulentas.

Regresé caminando al hotel Luis XIV y subí a mi habitación. Me duché y vestí con un pantalón y una cazadora de tela tejana, zapatillas de suela de goma y una camisa azul.

Ajusté la pistolera debajo de mi brazo izquierdo, comprobé el cargador del revólver y me aposté junto a la ventana.

Una brisa fresca llegaba del este cargada con el aroma salino del océano. No hacía tanto calor y desde las calles arboladas trepaba ese tenue perfume vegetal que convierte al verano en una estación llena de incentivos.

Encendí un cigarrillo y observé la entrada del edificio comercial. Las luces comenzaban a apagarse y sólo permanecían encendidas las que iluminaban los escaparates.

A las diez menos diez minutos, Lanna Khinsight pasó caminando por debajo de mi ventana y dobló en la esquina. Vestía un pantalón rojo, sandalias de tacones, una blusa blanca muy escotada y llevaba el cabello sujeto por una banda de seda alrededor de la frente.

Parecía una adolescente arrebatadora y experimenté una sensación de inmensa ternura por ella. Cogí el bolso de lona, pagué la cuenta del hotel y salí a la calle.

Caminé hasta la esquina y reconocí al Chevy aparcado en un ángulo desde el cual la mujer sentada detrás del volante podía vigilar la salida del edificio comercial.

Pasé a su lado me alejé durante algunos metros y luego me volví para aproximarme sin que Lanna me viera. Extraje el revólver y lo apoyé en su sien a través de la ventanilla abierta. Imposté la voz, cosa que hago con una cierta perfección, y ordené:

—¡Apártate o te vuelo la cabeza!

No se movió, pero noté la tensión de sus músculos y el brillo de sus ojos. Buscaba una salida desesperadamente.

—¡Apártate, maldita sea! —le espeté empujándola con el cañón del «Smith «fe Wesson».

Pasó a la butaca contigua y yo le arrojé mi bolso de lona antes de deslizarme detrás del volante.

Llevaba el cuello de la cazadora alzado, gafas de sol, la gorra liviana inclinada sobre la frente y el bigote postizo. Era absolutamente irreconocible para ella.

—¿Qué es lo que deseas de mí? —preguntó con frialdad.

—¿Te crees muy inteligente? Has liquidado a Morton y ahora vienes a por Sidney. Pero ya está bien, zorra.

Detecté una crispación en sus manos y se volvió hacia mí.

—¡Quieta! —grité—. Pon las manos sobre el bolso y no hagas ningún movimiento.

Apreté el cañón del 38 contra sus costillas y añadí:

—Mira al frente y si no quieres pasar un mal rato, será mejor que me respondas en

seguida. ¿De acuerdo?

—Debes estar loco —murmuró con absoluta serenidad.

—Tú eres Lanna Khinsight, de Maine.

Se volvió hacia mí y abrió la boca. Me quité las gafas y el bigote y la miré fijamente.

—¡Frank! —gritó, y me abrazó con fuerza.

CAPITULO VII

—Mills hubiese apretado el gatillo —dije, besándola en los labios.

—Mills no sabe que estoy aquí.

—¿Cómo lo conseguiste con Morton?

—Me disfracé de furcia, me hice llevar a su casa y busqué el momento oportuno. Fue sencillo, había bebido demasiado.

—¿Qué has preparado para Mills?

—Frank, te agradezco tu interés por mí, pero preferiría que te fueras de Princeton. No quiero que te compliques.

—Te he dicho que ya estoy complicado.

—No, no es cierto. Lamento lo de tu amigo muerto, pero tengo algo que hacer. ¿Lo comprendes?

—Lo intento.

—¿Qué sabes de mí?

—Todo. He leído los periódicos de la segunda semana del mes de enero de 1978. Lo siento.

—Sí, claro, los periódicos. Alice era una muchachita estupenda, y no lo digo porque era mi hija, sino porque tenía verdadero talento y llevaba el periódico del colegio y escribía artículos sobre la droga y los traficantes que aguardaban dentro y fuera del colegio para caer sobre sus víctimas. No estoy hablando de un porro aislado, Frank, hablo de cocaína, heroína, ácido y... en fin.

—Sí, lo sé.

—Bien. Ellos la cogieron, la drogaron tres días seguidos y luego la violaron repetidas veces. Pasamos unos meses infernales, porque Alice luchaba contra sí misma y contra el mundo. No puedo olvidarlo. Burt y yo iniciamos un tratamiento y comenzó a recuperarse.

Alice habló con el fiscal y emplazaron a Morton y Mills. Fue entonces cuando asesinaron a Burt. Yo había soportado una gran tensión durante el último año y sufrí una crisis. Me internaron en el Grand

Hospital y me mantuvieron durante tres días bajo los efectos de los sedantes. Una enfermera se ocupaba de Alice en casa. De algún modo la niña se enteró de la muerte de su padre y enloqueció. Escapó a la vigilancia de la enfermera y...

apareció en aquel motel inmundo. Morton y Mills la hicieron apalear antes de pincharla con una sobredosis. ¿Me comprendes ahora?

—No puedes luchar tú sola contra toda la Organización.

—Sé que no puedo hacerlo sola, pero sí puedo eliminar a los dos bastardos que destruyeron mi familia y lo haré. Nadie podrá impedirlo.

—¿Qué crees que conseguirás con eso, Lanna?

—No te esfuerces por hacerme variar la idea, muchacho —dijo con una voz cargada de ironía—. Ellos son los responsables de la muerte de mi marido y también de la destrucción de Alice. Y yo voy a matarlos porque ningún tribunal los juzgará sin pruebas.

Tienen amigos en todas partes, Frank. Financian campañas políticas, presionan sobre el gobierno, hacen y deshacen a su antojo, matan miles de chicos todos los años y pros-tituyen a otros miles sin que se les mueva un pelo. ¿Qué harías tú si liquidan a tu hija y tu

mujer y salen libres para continuar con el negocio?

—No lo sé.

—Pues yo sí lo sé, Frank.

—Nada cambiará porque liquides a dos de los polluelos, lo que importa es llegar a los grandes.

—Con este criterio continuaría emborrachándome a solas en la cocina de mi casa, Frank.

Conozco a los dos culpables y voy a eliminarlos, no me importa nada más.

Me miró con fuerza, procurando dar a sus palabras el verdadero contenido que deseaba transmitirme.

—De acuerdo, allí sale tu amiguito —dije, señalando hacia la entrada del edificio comercial.

Sidney y Mills, acompañado por el hombre del rostro porcino, salió a la calle, miró la hora en su reloj pulsera y luego dijo algo a su acompañante. El gordo asintió y se marchó trotando. Mills permaneció de pie en la acera, con su aspecto satisfecho.

Llevaba un traje blanco de hilo, camisa azul, corbata de punto granate, zapatos blancos y un pañuelo rojo en el bolsillo superior de la chaqueta. En la mano sostenía un maletín de ejecutivo.

—¿Cómo lo harás? —pregunté.

—Por favor... vete.

—¿Cómo piensas ocuparte de él? —insistí.

—Todavía no lo sé.

—¿Improvisarás?

—No te preocupes, saldrá bien.

—Me preocupo por ti, Lanna.

—Por favor, Frank, no me lo pongas más difícil. Si todo sale bien iré a buscarte.

—No.

—Por favor... —suplicó.

—Iré contigo.

—¿Por qué?

—Porque es la primera vez que tengo un cliente como tú, un cliente para el crimen.

—¿Tienes un cigarrillo?

Le ofrecí uno de los míos y lo encendí mirándola fijamente a los ojos.

—¿Hay algo que pueda decirte para que marches y me dejes sola?

—No.

Puso el motor en marcha y miró al frente, fumando reflexivamente.

Un automóvil se detuvo junto al bordillo de la acera donde aguardaba

Mills y el gordo descendió de él, cediéndole el puesto detrás del volante.

Mills se sentó, cerró la portezuela y se alejó con rapidez. El gordo se encogió de hombros y volvió a entrar al edificio comercial.

Lanna se apartó de la acera con los focos apagados y salió a la calle a velocidad reducida. Vimos el coche de Mills, un Ford Fairlane color verde musgo, sobrio y discreto, que se alejaba en dirección al oeste. Varios kilómetros más adelante torció al sur y no abandonó esa dirección hasta que llegó a una gasolinera, junto a la cual se alzaba un edificio llamativo, muy iluminado y repleto de gentes que gritaban y reían. La discoteca

tenía varias plantas y todos sus ventanales abiertos aprovechaban la brisa marina.

Mills dijo algo al encargado de la gasolinera y luego se dirigió a la discoteca.

Lanna aparcó el Chevy y se apeó. Yo la seguí.

La puerta principal del edificio estaba taponada de jóvenes que se movían al compás del ritmo que salía de los altavoces. Mills evitó esa entrada y flanqueó el edificio en busca de la parte trasera.

—Escucha, muchacha, iremos tras él y si la cosa se pone fea fingiremos que yo estoy borracho y muy descompuesto. ¿Comprendido?

—¿Estás armado?

—Ya lo has visto.

—Pero ¿has traído el revólver?

—Desde luego.

Me miró duramente y añadió:

—Mills es algo personal, lo haré yo misma y no acepto discusiones en este sentido.

—Tú ordenas, amazona.

Se aferró a mi cintura y yo me apoyé en sus hombros para avanzar a lo largo de la planta baja, por un camino de lajas ribeteado con trozos

de gramilla perfectamente recortada, hasta llegar a un patio posterior, ajardinado y limpio.

Mills había cruzado el jardín y se dirigía a un grupo de árboles, por entre los cuales se divisaba el muro estucado de una casa.

Apreté a Lanna contra un reborde de la pared en el momento en que el pelirrojo se daba la vuelta para inspeccionar el terreno. Luego dijo unas palabras y dos sombras aparecieron en el sendero. Mills señaló hacia atrás y los dos hombres comenzaron a acercarse al jardín que separaba el bosquecillo y la casa, del edificio de la discoteca.

—Tenemos que llegar hasta la casa —dijo Lanna.

—Si tú consigues distraerlos tal vez lo consigamos.

—Está bien.

Se desabotonó la blusa, respiró profundamente y humedeció sus labios. Los senos dorados y perfectos pugnaron por huir de la delicada tela, presionando contra ella, hinchándose como frutos.

Lanna avanzó moviendo las caderas de un modo que habría trastornado al mismísimo Club de Admiradores de Dalai Lama. Lanzó una carcajada y dio un paso de baile que terminó de abrir la blusa y revelar la perfecta desnudez de sus pechos.

Los pezones brillaron a la luz de los focos de colores y su dentadura destelló en una sonrisa salvaje.

—¿Qué haces aquí? Regresa a la discoteca —dijo uno de los tipos, rubio y joven, delgado como un mimbre.

—Oh, vamos, todo lo que necesito es un poco de aire y un hombre bien dotado.

El tono de su voz era áspero, ondulante e incisivo.

—Llévatela de aquí, Jack —dijo el joven al otro vigilante, un hombre de unos cincuenta años, que llevaba dos grandes manchas de sudor bajo los brazos.

—Podríamos jugar un rato con ella, Smitty, está muy entusiasmada con nosotros,

¿verdad, preciosa?

Smitty guardó su pistola en el cinturón y cogió a Lanna por la cintura.

—Eh, ¿qué crees que estás haciendo? —le espetó ella, procurando zafarse.

—No puedes quedarte por aquí, maldita zorra —bramó Smitty y la empujó dándole una fuerte palmada en las nalgas.

—¡Tú, cabrón! —aulló la muchacha y se volvió hacia él.

Jack lanzó una risotada y se cruzó de brazos para disfrutar con la escena.

Lanna avanzó varios pasos y de ese modo los obligó a darme la espalda. Todo lo que necesitaba era un par de segundos. Llegué junto a Jack y lo golpeé con el canto de la mano en la nuca, luego salté hacia Smitty. Aparté a Lanna en el momento en que forcejeaba con la pistola que llevaba enganchada en el cinturón. Lo pateé en el plexo solar y luego le di un golpe doble, con las palmas abiertas, en las orejas. Cuando cayó al suelo estaba inconsciente.

Los arrastré entre los árboles y Lanna me ayudó a atarlos y amordazarlos.

—Ciérrate la blusa o acabarás con mi paciencia.

La cogí de la mano y nos acercamos al edificio estucado que se alzaba en un claro del bosquecillo. Sólo había luces en las ventanas del primer piso y un gemido ahogado llegó hasta nuestros oídos procedente de la parte posterior.

Caminamos con sigilo hasta dar con el patio de atrás. Dos ventanales cubiertos por cortinas oscuras apenas si filtraban un levísimo resplandor en el perímetro de los cristales, pero no podían silenciar los gemidos que se hacían más y más intensos.

Hice una señal de silencio a Lanna y me acerqué al ventanal. La muchacha se acercó y procuró echar un vistazo al interior de la casa.

Yo extraje una lima muy fina y retiré el pestillo del ventanal. Aparté sigilosamente el extremo del pesado cortinaje y estuvimos en condiciones de observar la escena.

Había dos muchachas muy jóvenes sobre una cama redonda y amplia. Las dos estaban desnudas y parecían enloquecidas de deseo. Una de ellas gemía de un modo salvaje mientras Sidney Mills observaba la

acción sentado en una butaca. A su lado, un cameraman filmaba la escena desde el mejor de los ángulos.

—¿Qué es eso? —preguntó Lanna a mi lado.

Aparté un poco más la cortina y observé el ángulo de la habitación que todavía no había visto. Cuatro o cinco chicas, cuyas edades no podían superar los catorce o quince años, reían como locas mientras observaban la escena de la cama. A su lado, con todo dispuesto sobre una mesa baja, un hombre les suministraba un polvillo blanco que las muchachitas inhalaban con placer.

El tipo que estaba con ellas reía con satisfacción y de vez en cuando cruzaba una mirada con Sidney Mills y hacía chasquear la lengua, contando mentalmente los dólares que ingresaría con su nuevo rebaño.

—Tenemos que sacarlas de allí —dije a Lanna.

—No, no servirá de nada. Si nos ocupamos de Mills pasará algún tiempo antes de que reorganicen la red.

De pronto un grito irritado nos distrajo. Una de las chicas que se movía como una anguila sobre la cama comenzó a sollozar, se arrodilló junto a su compañera de juegos y se tiró de los cabellos como si tratase de desprendérselos del cráneo.

—¡Ocupaos de ellas! —gritó Mills.

El cameraman abandonó de un salto su puesto y cogió a la chica histérica por las

muñecas. Pero no contaba con el estado de enajenación que se había apoderado de ella.

La chica lo mordió con fuerza en la mejilla y saltó sobre él para dirigirse hacia los ventanales. Mills la sujetó por un tobillo, se puso a horcajadas sobre ella y comenzó a golpearla en el rostro cada vez con mayor fuerza. No había perdido la calma, ni siquiera parecía ofuscado, sólo estaba cumpliendo con una obligación punitiva y lo hacía científicamente.

El cameraman cogió la máquina cinematográfica y salió de la habitación sujetándose la mejilla sangrante. El tipo que controlaba al grupo de adolescentes drogadas las hizo poner de pie y comenzó a conducir las fuera del recinto.

—Va a matarla —dijo Lanna con un estremecimiento.

Las muchachitas habían dejado de reír y aullaban de espanto ante la paliza que estaba recibiendo la víctima del traficante. Antes de que pudiera impedirlo, Lanna abrió el ventanal y se coló dentro de la habitación.

Mills levantó el rostro y la miró atónito. Lanna sonrió y se inclinó a su lado.

—Deja de pegarle, perro —dijo con suavidad.

Mills se miró las manos llenas de sangre. La chica tenía los ojos muy abiertos, las pupilas dilatadas y las mejillas tumefactas. Los labios eran una pulpa sanguinolenta contra los dientes.

—Todas tienen que aprender —replicó Mills con calma. Extrajo un pañuelo del pantalón y comenzó a secarse el sudor del rostro.

El traje blanco estaba salpicado de sangre.

—¿Sabes quién soy yo? —preguntó Lanna.

—No. ¿Debería saberlo?

—Hace cuatro años tú te ocupaste de mi hija como estás haciéndolo ahora con esta pobre niña. Su nombre era Alice, Alice Sevarian. También asesinasteis a su padre, Burt Sevarian. ¿Recuerdas, bastardo? Fue en Maine.

—Claro que sí, lo recuerdo muy bien. La pequeña Alice, tan bonita y tierna. Fue una verdadera lástima, esa niña tenía un gran futuro a mi lado.

— Yo he matado a Morton —dijo Lanna con serenidad.

Un guiño involuntario comenzó a agitar el párpado de Mills y su rostro afilado se puso tenso.

—Tal vez pueda aprovecharte, todavía tienes un excelente aspecto —sonrió Mills y estiró su mano delgada y huesuda para tocar la mejilla de Lanna.

Todo ocurrió con gran rapidez. Lanna cogió el brazo del hombre, tiró de él y lo hizo perder el equilibrio. Mills cayó de costado y entonces ella le apoyó una rodilla sobre el rostro y extrajo una hipodérmica descartable del bolsillo de su cazadora y quitando con los dientes la

funda de la aguja la colocó a unos milímetros de un ojo izquierdo.

—No te muevas —dijo serenamente—. ¿Sabes qué es esto?

—Sí...

—Tiene suficiente droga como para levantarte hasta el cielo, hacerte estallar como un globo y traerte de vuelta para que puedas exhibir los trozos. ¿Me comprendes?

Escuché un gran alboroto en la discoteca y el lejano aullido de una sirena policial. Pensé que las chicas iniciadas no habían sido muy bien controladas por el vigilante y que la histeria se había ido desparramando como una epidemia.

—Se acabó para ti, carnicero —murmuró Lanna y apoyó el extremo de la aguja en el

cuello de Mills y la hundió con precisión. Vi perfectamente la sangre que entraba en la jeringa cuando succionó para verificar que efectivamente había alcanzado la vena.

—No... no lo hagas, yo puedo darte...

—¿La vida de Alice? —preguntó Lanna con dolor, y comenzó a presionar el émbolo de la jeringa.

Cuando terminó de hacerlo se apartó de un salto del hombre y me miró con una infinita tristeza. Guardó la jeringa descartable en un bolsillo y salió de la habitación.

—Vamos —dije—, hemos de desatar a los vigilantes. Todo debe parecer casual.

—Sí —asintió.

—¿Te encuentras bien?

—No lo sé.

La cogí de la mano y corrimos por el bosquecillo. Los dos tipos todavía dormían el sueño de los injustos. Los desaté y quité sus mordazas. El más joven comenzó a moverse y le propiné un golpe breve y moderado detrás de la oreja. Tampoco quería que huyeran antes de que llegara la policía.

Salimos a un patio detrás de la gasolinera y recuperamos nuestro

coche.

—Conduce tú —dijo Lanna.

Me deslicé detrás del volante y salí lentamente del aparcamiento. Varias decenas de jóvenes corrían en todas direcciones, aullando y riendo, empuñando botellas de cervezas como instrumentos de una nueva cultura.

Vi al cameraman y al tipo encargado de proporcionar la droga que se metían en un minibús junto con su tropa de adictas y ponían en marcha el motor.

Tres coches de la policía aparecieron desde tres caminos diferentes y cerraron los pasos.

El tipo de la gasolinera se acercó a nosotros y escupió por la comisura de los labios.

—He tenido que llamar a la bofia —dijo como disculpándose—, de lo contrario iban a acabar con todo. Beben y fuman, se drogan y pierden la cabeza. Es terrible, sí, señor; es una vida muy dura.

—¿Qué ocurrirá ahora? —preguntó Lanna.

—Clausurarán la discoteca durante un par de meses y luego vuelta a empezar.

¿Necesitan gasolina?

—No, gracias —le respondí.

Encajé la primera marcha y salí lentamente de la gasolinera. Nos alejamos en dirección a Princeton. Cinco minutos más tarde nos cruzamos con varios coches policiales que hacían aullar sus sirenas como diablos ebrios.

—Deben haber hallado algo, Frank —dijo Lanna, con la mirada fija en el camino.

Me aparté de la carretera y detuve el Chevy en el arcén. Miré por el espejo retrovisor y vi dos focos que se acercaban a gran velocidad. Lanna descubrió mi expresión y se volvió.

El Ford Fairlane pasó a nuestro lado como una exhalación. Sidney Mills iba al volante y sólo pude ver su rostro durante una fracción de segundo, y todo cuanto puede asegurar es que no se trataba del rostro

de un hombre en sus cabales.

Dos patrulleros lo seguían en medio de una sinfonía de sirenas. Puse nuevamente en funcionamiento el Chevy y seguí a la caravana. No tuvimos que esforzarnos. La carretera ascendía durante uno o dos kilómetros y luego descendía describiendo una amplia curva.

Más allá de la curva se abría un talud de cuatro o cinco metros y luego una corta llanura se prolongaba hasta el mar.

El Ford de Mills no respetó la curva. Siguió línea recta con el acelerador a fondo, saltó por encima del talud y voló como un pájaro nocturno durante treinta o cuarenta metros antes de caer y explotar como una bomba.

—Todo ha terminado ahora —dije a Lanna.

—¿Tú crees?

—Ya se ha hecho justicia —dije sacudiéndola por los hombros.

—Sí, tienes razón. Estoy confundida. Creo que necesito reflexionar. De golpe me siento vacía.

—Entiendo.

Conduje hasta Princeton y me apeé en el lugar donde había dejado el Volkswagen.

Lanna ocupó el sitio detrás del volante y me sonrió.

—No te preocupes por mí, estaré bien. ¿Tú qué harás?

—Ya sabes, esto y aquello, nada muy especial.

—Creo que te quiero, Miller.

—Vete y resuelve qué harás con tu vida. Ya has dado pruebas suficientes de que puedes hallarme si lo deseas.

—Gracias, Frank.

Subí al Volkswagen y aguardé a que las luces traseras del Chevy fueron tragadas por la noche. Entonces enfilé hacia Manhattan con el cerebro lleno de impresiones, pero sin una sola idea.

Los diarios y periódicos se ocuparon del incidente de las afueras de Princeton durante varias semanas. En ningún momento se habló de Lanna o de mí. Una amplia red de traficantes, que operaba en la zona de Connecticut, Orange, New Jersey y el propio centro de Nueva York, había sido sensiblemente desmantelada por la Sección de Narcóticos. El pronóstico, según los políticos, era alentador.

Doblé el periódico y lo arrojé a Buddy, que parecía fascinado por la cutícula de la uña amarillenta de su pulgar.

—Tranquilízate, muchacho. El verano ya ha pasado y ahora comienza la mejor época para la ciudad. Estrenos cinematográficos, musicales en Broadway, aire fresco del Hudson y una cierta melancolía que superaremos a medida que llegue el invierno.

—Estupendo panorama, creo que me largo a Long Beach.

—¿Spider te ha devuelto la casa?

—Vamos, Buddy, sólo estuvo allí un par de días y... ¿sabes qué hizo?

—No.

—Se emborrachó metódicamente durante el primer día y se recuperó, metódicamente también, durante el segundo día. Dice que una vez al año necesita emborracharse y sufrir las consecuencias sin dar la lata a nadie. Si lo hace en algún bar tiene problemas al salir,

en su casa su mujer lo volvería loco y en un hotel de mala muerte se deprimiría mucho.

De modo que mi casita de Long Beach es ideal para él.

—Un tipo astuto ese Spider.

—Abur, Tutankamen, nos veremos.

—Iré a visitarte cualquier día, muñeco.

Le envié un beso desde la puerta y cogí un taxi hasta casa. Metí rápidamente unas cuantas cosas en el bolso de lona y salí en busca del coche.

Entré un momento a la cafetería de Emma para comunicarle que había decidido irme a Long Beach y comprobar si tenía algún talento para la literatura.

—Tengo dinero para cuatro o cinco meses, Emma.

Seguramente vendré un par de veces al mes para ver cómo anda todo.

—El mundo puede prescindir de ti, pétalo —dijo el rostro de foca con un ligero mohín de los abultados labios.

—Eres una buena chica, Emma.

—Mejor de lo que tú crees, primor.

Le di un beso en su sólida mejilla y salí de la cafetería.

* * *

Dejé el Volkswagen junto a la casa y bajé directa mente a la playa. Hacía frío y la tormenta otoñal se alimentaba de nubes borrascosas antes de lanzar su embestida final.

El viento desmenuzaba los médanos y sil baba entre los matorrales. Un avión lejano planeó hasta ponerse en línea con el Aeropuerto Internacional J. F. Kennedy y pasó zumbando en la distancia.

Comencé a andar en dirección a la casa y descubrí algo que me sorprendió. Las luces de las ventanas que daban a la playa estaban encendidas y una columna de humo gris salía de la chimenea.

Avancé contrariado. Si Spider había decidido emborracharse justamente ese día, tendría que hacerlo en la playa.

Abrí la puerta y entré al salón.

Un delicioso tufillo provenía de la puerta entreabierta de la cocina.

—Prepara un par de copas, amor. En seguida me reúno contigo.

Mi corazón comenzó a bailar como una almeja maníaca dentro de mi pecho y sólo atiné a servir dos generosas medidas de *bourbon*.

Apareció en la puerta de la cocina como un hada erótica. Llevaba un vestido de lana tejido que acababa veinte centímetros por encima de las rodillas y cuyo tono natural destacaba contra las medias color habano que delineaban perfectamente sus maravillosas piernas. El nacimiento de los senos atisbaba por encima del escote y su rostro bellísimo sonreía con picardía.

—Hace dos días que te espero. Por fin, hoy decidí llamar a Emma y

darle un mensaje para ti.

—¿Emma?

—Eso es, las dos pensamos que necesitas una mujer.

—¿Tú?

—Tengo dos meses de vacaciones, ¿crees que será suficiente para descubrir si vale la pena intentarlo?

—Ven aquí.

La apreté contra mi pecho y busqué su boca. Teníamos muchas cosas que compartir y otras por las cuales pelearnos; pero, al fin de cuentas: qué diablos es la vida si no un muestrario ininterrumpido de tonterías.

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



9 788402 025135

1 1736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España